

Literatura universal

Franz Kafka

LA METAMORFOSIS

Traducción de
Carlos Fortea



Octaedro  Biblioteca básica

La metamorfosis

 Biblioteca básica

Frank Kafka

La metamorfosis

Traducción de Carlos Fortea

Octaedro  Editorial

Colección Biblioteca básica. Serie Clásicos universales

La metamorfosis, de Franz Kafka

Traducción de Carlos Fortea

Primera edición en papel: abril de 2012

Segunda edición en papel: mayo de 2012

Primera edición: octubre de 2014

© Derechos exclusivos de esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-647-8

Realización y producción: Editorial Octaedro

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Ilustraciones interior y cubierta: Kaffa

Digitalización: Ediciones Octaedro

Introducción: Franz Kafka

Biografía

Kafka (Praga, 1883-Viena, 1924) está considerado uno de los mejores escritores del siglo xx. Su padre, un comerciante de clase media, ejerció sobre él una gran opresión y dominio que influyeron considerablemente en la personalidad y en la obra del escritor. En su *Carta al padre*, escrita en 1919 y publicada después de su muerte (como ocurrió con casi toda su obra), Kafka expresa sus sentimientos de inferioridad y rechaza la figura del padre. Sin embargo, vivió con su familia casi toda su vida.

De joven ya se interesó por la mística y la religión judías. Estuvo comprometido en dos ocasiones, pero no llegó a casarse. Estudió Derecho en la Universidad de Praga, aunque nunca ejerció la carrera. Trabajó en una compañía de seguros hasta que la enfermedad de la tuberculosis lo obligó a abandonar el trabajo. Intentó reponerse primero junto al lago de Garda; después, en Merano, hasta que el 19 de abril de 1924 tuvo que internarse en el sanatorio de Kierling, cerca de Viena, donde murió dos meses más tarde. Tenía solo 41 años.

Pero a pesar de la enfermedad, de la hostilidad manifiesta de su familia hacia su vocación literaria, de sus cinco tentativas matrimoniales frustradas y de su empleo de burócrata en la compañía de seguros, Franz Kafka se dedicó intensamente a la literatura.

Era un hombre de temperamento introvertido y complejo, como lo demuestra en esta confesión que hace a su novia Felice Bauer en una carta que le dirigió:

Muchas veces he pensado que la mejor forma de vida para mí consistiría en recluirme en lo más hondo de un sótano espacioso y cerrado, con una lámpara y todo lo necesario para escribir. Me traerían la comida y me la dejarían siempre lejos de donde yo estuviera, tras la puerta más exterior del sótano; sería mi único paseo. Luego regresaría a mi mesa, comería lenta y concienzudamente, y me pondría otra vez a escribir.

Su obra narrativa

En la línea de la Escuela de Praga, de la que es el miembro más destacado, la escritura de Kafka se caracteriza por una marcada vocación metafísica y una síntesis de absurdo, ironía y lucidez. Ese mundo de sueños, que describe paradójicamente con un realismo minucioso, ya se halla presente en su primera novela corta, *Descripción de una lucha*, que apareció parcialmente en la revista *Hyperion*.

En 1913 se publicó su primer libro, *Meditaciones*, que reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito, fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

El estallido de la Primera Guerra Mundial y el fracaso de un noviazgo en el que había depositado todas sus esperanzas señalaron el inicio de una etapa creativa prolífica. Entre 1913 y 1919 escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* y publicó *El chófer*, que incorporaría más adelante a su novela *América*. También publicó *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.

La obra narrativa de Kafka es una digna representante de la **novela del siglo xx**. Podemos considerar al escritor como precursor del existencialismo, pues sus obras contemplan aspectos claves de esta corriente, como la deshumanización del hombre, su pérdida de identidad, su angustia existencial, la soledad, el vacío y la incomunicación. Además, conjuga como nadie el realismo con hechos irreales e insólitos, por lo que sus personajes ascienden a la categoría de símbolos universales.

Los **temas** de la obra de Kafka son la soledad, la frustración y la angustiosa sensación de culpabilidad que experimenta el individuo al verse amenazado por unas fuerzas desconocidas que no alcanza a comprender y se hallan fuera de su control.

En **filosofía**, Kafka es afín al danés Søren Kierkegaard y a los existencialistas del siglo xx.

En cuanto a técnica literaria, su obra participa de las características del expresionismo y del surrealismo. El estilo lúcido e irónico de Kafka, en el que se mezclan con naturalidad fantasía y realidad, da a su obra un aire fantasmal y claustrofóbico, como ocurre con *La metamorfosis* (1915), donde el protagonista se ha convertido en un enorme insecto, o en *La colonia penitenciaria* (1919), escalofriante fantasía sobre las cárceles y la tortura.

La mayoría de las obras de Kafka fueron publicadas póstumamente. Entre esas obras se encuentran las tres más conocidas: *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927).

La metamorfosis

Fue escrita en dos semanas, en 1912, aunque no se publicó hasta 1915. Cuenta la historia de Gregor Samsa, un viajante de comercio que una mañana se despierta convertido en un horrible escarabajo. Sus padres y su hermana, que viven con él, intentarán ocultarlo en su habitación, hasta que muere. Este sencillo y sin embargo perverso argumento pertenece a una obra que ha adquirido ya la categoría literaria universal. ¿Quién no se ha estremecido con el principio de *La metamorfosis*?:

Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de una noche llena de sueños inquietos, se encontró en su cama convertido en un bicho monstruoso. Estaba tumbado en su dura y coriácea espalda y, si levantaba un poco la cabeza, podía ver su vientre abombado, marrón, dividido por arqueadas callosidades, en lo alto del cual la colcha, a punto de resbalar, apenas podía sostenerse. Sus muchas patas, lastimosamente delgadas en comparación con su normal volumen, se agitaban desvalidas ante sus ojos.

«¿Qué me ha sucedido?», pensó. No era un sueño...

Aunque parezca que la transformación del protagonista sea lo importante, no lo pretendía así el autor, para quien la soledad e inadaptación de Gregor Samsa a la sociedad que lo envuelve sería el tema principal. El individuo y sus vivencias; el individuo y su entorno. Eso es lo importante. A Kafka incluso le obsesionaba que sus lectores no se quedaran en la anécdota de la transformación de Gregor en insecto, de modo que envió una carta al editor que decía:

El insecto mismo no puede ser dibujado. Ni tan solo puede ser mostrado desde lejos. [...] Si yo mismo pudiera proponer algún tema para la ilustración, escogería temas como: los padres y el apoderado ante la puerta cerrada, o mejor todavía: los padres y la hermana en la habitación fuertemente iluminada, mientras la puerta hacia el cuarto contiguo se encuentra abierta.

Así que la editorial alemana respetó el deseo de Kafka y presentó en la portada de la obra al padre en bata y tapándose la cara.

Dos elementos son importantes en esta obra: lo onírico y el poder autoritario. Gregor Samsa se encuentra en una situación absurda que parece soñada, pero que es real. Y se encuentra rechazado en su condición por su familia, pues Gregor ya no les sirve, ya no puede ayudarles, luego ellos sienten repugnancia por él, se despreocupan de él, e incluso, cuando muere, sienten alivio y llevan su vida adelante con alivio y sin misericordia.

Kafka narra todo lo que ocurre con minuciosidad y sin ambages, desde la propia perspectiva del protagonista. Sabemos con detalle cómo son los objetos y el mobiliario, también los problemas de la familia, sus reacciones, etc. La realidad se muestra cruda, tal cual es. Gregorio era un viajante modelo, respetuoso con sus jefes; una persona anodina sometida a la autoridad paterna, pero su transformación le lleva a ser expulsado del trabajo y de la familia, víctima del horror, el asco y el desprecio de todos los que le rodean, de la sociedad entera. Y él, derrotado, incapaz de sobrevivir a esta angustia, acaba sintiéndose culpable, «firmemente convencido de que tenía que desaparecer».

El lector siente toda la angustia aterradora del protagonista, una existencia deshumanizada, sin ápice de cariño, de amor, de comprensión..., un insecto repugnante, sin alma ya, derrotado totalmente.

Prólogo

El autor del libro que vas a leer vivió en Praga a principios del siglo xx, en una época complicada, y murió aún muy joven de una enfermedad entonces terrible y hoy casi erradicada: la tuberculosis. Cuando murió, había publicado varios libros de cuentos, todos ellos de menos de cien páginas, pero en sus cajones había tres novelas sin terminar, muchos más relatos y casi mil páginas de diarios, y una nota escrita por él mismo y dirigida a su mejor amigo, el también escritor Max Brod:

De todo lo que he escrito, lo único que vale son los libros publicados [...]. En cambio, todos los demás escritos míos [...] sin excepción [...], deben ser quemados lo antes posible.

Max Brod no solo era el mejor amigo de Franz Kafka, también había sido su lector más entusiasta y el que había luchado por que sus libros se conocieran y su amigo llegara a ser el gran escritor que siempre había soñado ser.

No fue capaz de cumplir la petición de Franz. No quemó los escritos de Kafka, sino que los ordenó, clasificó y publicó, y gracias a él hoy en día los lectores del mundo disponen de más de tres mil páginas escritas por uno de los autores más especiales, más melancólicos y más originales de la historia de la literatura.

No hay nadie como Kafka. Sus textos, en los que personas normales y corrientes se ven enfrentadas a situaciones que no tienen salida (un hombre es detenido una mañana sin saber por qué, se le somete a juicio sin saber por qué —en la novela *El proceso*—; un personaje va a un castillo para hacerse cargo de un trabajo, pero nadie le espera y no es posible llegar hasta los que le han contratado —en la novela *El castillo*—; un joven despierta una mañana convertido en un bicho enorme...); todos tienen una atmósfera a la que nadie sabe poner adjetivos, y por eso esta recibe el nombre de *kafkiana*. Las situaciones en las que se encuentran sus personajes angustian como la lectura de una novela de terror, pero angustian porque podrían pasarle a cualquiera. Sus libros dan materia para pensar.

Y tocan todos los temas: la burocracia, la familia, la dificultad del amor, los rincones más oscuros de la mente.

«Cuando Gregor Samsa¹ despertó una mañana de una noche llena de sueños inquietos, se encontró en su cama, convertido en un bicho monstruoso...» Este es uno de los principios de relato más famosos de la literatura universal, el del libro que viene a continuación: *La metamorfosis*. Gregor Samsa despierta y se encuentra en una situación imposible. No vamos a contar lo que sucede luego, pero tiene que ver con la manera en que él y su familia se enfrentan a ese acontecimiento extraño e incontrolable, y lo que ocurre tiene que ver con la manera misma en la que los humanos nos enfrentamos a lo que nos resulta desconocido.

Para quien sepa leerla, *La metamorfosis* es una lección sobre lo que hay que hacer, contado desde el punto de vista de lo que no hay que hacer. Es una lección sobre nuestros miedos y nuestra dificultad para superarlos, y un grito de amor desesperado. Somos los lectores los que tenemos que oír ese grito.

Comienza en la página siguiente. Lee.

Carlos FORTEA

¹. Respetaremos el nombre y apellido alemán, tal y como se escribe en alemán. El lector debe pronunciar *Grégor*, con acento en la e.

La metamorfosis

Franz Kafka

I



Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de una noche llena de sueños inquietos, se encontró en su cama, convertido en un bicho monstruoso. Estaba tumbado sobre su dura y coriácea² espalda y, si levantaba un poco la cabeza, podía ver su vientre abombado, marrón, dividido por arqueadas callosidades,³ en lo alto del cual la colcha, a punto de resbalar, apenas podía sostenerse. Sus muchas patas, lastimosamente delgadas en comparación con su normal volumen, se agitaban desvalidas ante sus ojos.

«¿Qué me ha sucedido?», pensó. No era un sueño. Su habitación, una digna habitación humana, solo un poco pequeña, continuaba tranquilamente entre las cuatro paredes bien conocidas. Sobre la mesa, en la que estaba extendido un muestrario⁴ de tejidos —Samsa era viajante⁵—, colgaba la fotografía que había recortado hacía poco de una revista y puesto en un hermoso marco dorado. Representaba a una dama con un sombrero y una boa de piel,⁶ sentada muy erguida y mostrando al espectador un gran manguito⁷ de piel en el que desaparecía su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió entonces a la ventana, y el mal tiempo —se oían repicar gotas de lluvia contra la chapa de hojalata— le hizo ponerse melancólico. «Estaría bien seguir durmiendo un poco más y olvidarme de toda esta locura», pensó, pero esto era completamente irrealizable, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, postura en la que no se podía colocar en su estado actual. Cualquiera que fuese la fuerza con que se echara hacia el lado derecho, una y otra vez se balanceaba hasta volver a quedar boca arriba. Lo intentó un centenar de veces, cerró los ojos para no tener que ver aquellas patas bullendo y solo dejó de intentarlo cuando empezó a sentir en el costado un ligero, sordo dolor, nunca sentido hasta entonces.

«¡Oh, Dios!», pensó, «¡qué profesión tan agotadora he elegido! De viaje día sí día no. Las preocupaciones son mucho mayores que cuando se tiene un negocio en casa, y además se me impone ese horror de los viajes, la preocupación por los enlaces de los trenes, las comidas malas e irregulares, un trato humano siempre cambiante, nunca duradero, que nunca llega a ser cordial. ¡Que se vaya todo al cuerno!». Sintió un ligero picor en lo alto del vientre; poco a poco se fue deslizado hacia la cabecera de la cama, para poder levantar mejor la cabeza; localizó el punto que le picaba, que se hallaba cubierto de pequeños puntitos blancos cuya causa no supo explicarse; quiso tocarlos con una pata, pero la retiró enseguida, porque el roce le produjo escalofríos.

Resbaló hasta su posición anterior. «Esto de levantarse temprano», pensó, «lo vuelve a uno idiota. El ser humano necesita dormir. Otros viajeros viven como huríes.⁸ Cuando yo vuelvo al hotel para anotar los pedidos de la mañana, ellos están sentándose a desayunar. Debería intentarlo con mi jefe: enseguida estaría en la calle. Aunque quién sabe si no me convendría. Si no fuera por mis padres, hace tiempo que me habría despedido, me habría puesto delante del jefe y le habría dicho todo lo que pienso. ¡Se hubiera caído de la mesa! También es curiosa la forma que tiene de sentarse en su mesa

y hablar desde arriba con los empleados, que encima tienen que acercarse, por lo duro de oído que es. Bueno, no hay que perder las esperanzas; en cuanto haya reunido el dinero para pagarle la deuda de mis padres —dentro de cinco o seis años—, vaya si lo haré. Entonces daré el gran paso. Sea como fuere, por el momento tengo que levantarme, porque mi tren sale a las cinco». Y miró al despertador, que hacía tictac encima del baúl. «Dios mío», pensó. Eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente, incluso habían pasado la media; se acercaban ya a los tres cuartos. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que estaba bien puesto, a las cuatro; seguro que había sonado. Pero ¿era posible que hubiera seguido durmiendo tranquilamente con aquel ruido que sacudía los muebles? Bueno, su sueño no había sido tranquilo, pero quizá por eso había sido más profundo. ¿Qué podía hacer ahora? El próximo tren salía a las siete; para cogerlo hubiera tenido que correr como un loco, el muestrario aún no estaba recogido y él mismo no se sentía especialmente fresco y ágil. Y aunque cogiera el tren no se ahorraría la bronca del jefe, porque el chico de la tienda lo habría estado esperando en el tren de las cinco y hacía rato que habría dado aviso de que lo había perdido. Era una hechura⁹ del jefe, sin dignidad ni entendimiento. ¿Y si decía que estaba enfermo? Claro que eso sería extremadamente penoso, y sospechoso, porque, en sus cinco años de servicio, Gregor no había estado enfermo ni una sola vez. Seguro que el jefe vendría con el médico del seguro, reprocharía a los padres el tener un hijo tan vago y cortaría en seco la discusión remitiéndose al médico, para el que solo hay hombres completamente sanos, pero con pocas ganas de trabajar. Y por otro lado, ¿acaso le faltaría razón en este caso? De hecho, Gregor se sentía muy bien, aparte de una somnolencia realmente superflua tras el largo sueño, e incluso tenía un hambre especialmente fuerte.

Cuando pensaba en todo esto a toda prisa, sin poder decidirse a dejar la cama —en aquel momento el despertador daba las siete menos cuarto—, se oyó llamar cautelosamente a la puerta, a la cabecera de su cama.

—Gregor —se oyó; era su madre—, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a irte?

¡Esa voz tan suave!... Gregor se asustó al oír la suya que contestaba, que indudablemente era la misma de antes, pero en la que se mezclaba, como desde abajo, un irreprimible y doloroso silbar, que solo al principio dejaba oír claramente las palabras, para destrozalas después de tal forma que no se sabía si se había oído bien. Gregor hubiera querido contestar por extenso y explicarlo todo, pero en tales circunstancias se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre. Ya me levanto.

Debido a la puerta de madera, fuera no debía de haberse notado la transformación de la voz de Gregor, porque la madre se contentó con esta explicación y se fue arrastrando los pies. Pero la breve conversación había puesto sobre aviso a los otros miembros de la familia de que, en contra de lo esperado, Gregor aún estaba en casa, y enseguida a una de las puertas laterales llamó su padre, débilmente, pero con el puño.

—Gregor, Gregor —llamó—. ¿Qué pasa?

Y al cabo de un rato insistió con voz más grave:

—¡Gregor, Gregor!

Desde la otra puerta lateral, sonó quejumbrosa la voz de la hermana:

—¿Gregor? ¿No te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Gregor contestó a los dos lados: «Enseguida voy», y se esforzó en eliminar de su voz todo lo que pudiera llamar la atención, cuidando la pronunciación e intercalando largas pausas entre las diferentes palabras. El padre volvió a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Abre, Gregor, te lo ruego.

Pero Gregor no solo no pensaba abrir, sino que se felicitó por la precaución, adquirida en los viajes, de cerrar por la noche todas las puertas, incluso en casa.

Lo primero que tenía que hacer era levantarse, tranquilo y sin prisas, vestirse y, sobre todo, desayunar, y solo después pensar en lo demás, porque en la cama, eso estaba claro, sus pensamientos no lo llevarían a ninguna conclusión razonable. Se acordó de que había sentido otras veces ese suave dolor, producido quizá por una mala postura, y que al levantarse se veía que solo eran imaginaciones, y esperaba en tensión que sus actuales fantasías se desvanecieran paulatinamente. No tenía la menor duda de que la transformación de su voz no era más que el primer síntoma de un buen resfriado, una enfermedad profesional de los viajeros.

Librarse de la colcha fue muy fácil; solo tuvo que hinchar el pecho un poco y cayó por sí misma. Pero seguir adelante se hizo más difícil, especialmente por la enorme anchura de su cuerpo. Para incorporarse habría necesitado de brazos y manos; pero en lugar de estas solo tenía las muchas patitas que seguían haciendo sin interrupción los más variados movimientos y que él, además, no podía controlar. Si quería doblar una, era la primera en estirarse; cuando al fin conseguía hacer lo que quería con esa pata, eran las otras las que se ponían en la mayor y dolorosa agitación, como si acabaran de ser puestas en libertad. «Lo importante es no quedarme inútilmente en la cama», se dijo Gregor.

Primero quiso dejarse caer de la cama por la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior, que por otro lado aún no había visto y de cuyo aspecto no podía hacerse una idea clara, resultó ser demasiado pesada para moverla; avanzaba con mucha lentitud; y cuando por último, casi furioso, se lanzó adelante con todas sus fuerzas, calculó mal la dirección, chocó fuertemente con los pies de la cama y el ardiente dolor que sintió le enseñó que precisamente la parte inferior de su cuerpo quizá fuera en aquellos momentos también la más sensible.

Entonces intentó sacar primero de la cama la parte superior del cuerpo, y para ello giró con cuidado la cabeza en dirección al borde. Esto resultó fácil, y, a pesar de su peso y anchura, la masa del cuerpo siguió finalmente con lentitud la dirección marcada por la cabeza. Pero cuando por fin logró tener la cabeza colgando fuera de la cama, tuvo miedo a seguir deslizándose de ese modo, porque si llegaba a dejarse caer, tendría que ocurrir un milagro para que no se rompiera la cabeza. Y precisamente ahora no podía permitirse de ninguna manera perder el sentido; era preferible quedarse en la cama.

Pero cuando volvió a su posición inicial, jadeando con el mismo esfuerzo, y vio de nuevo sus patitas luchando entre sí con mayor furia que antes, si esto era posible, y no

halló forma alguna de poner paz y concierto en aquel desbarajuste, volvió a decirse que no era posible continuar en la cama, y que lo más razonable era arriesgarlo todo, aunque solo tuviera una mínima esperanza, para salir de ella. Pero en el mismo instante recordó que la meditación serena, y hasta la más serena, es mejor que las decisiones desesperadas. En tales momentos volvió los ojos a la ventana, aguzando la vista, pero por desgracia poca confianza y alegría se podía sacar de la vista de la niebla matinal, que velaba incluso el otro lado de la estrecha calle. «Las siete ya», se dijo, al volver a sonar el despertador, «las siete ya y sigue la niebla». Y durante un rato permaneció tumbado con tranquilidad, respirando débilmente, como si de la calma absoluta esperara el retorno de las circunstancias reales y normales.

Pero entonces se dijo: «Antes de las siete y cuarto tengo que haber salido de la cama. Seguro que entretanto vendrá alguien de la tienda a preguntar por mí, porque abren antes de las siete». Y se dispuso a dejarse caer de la cama cuan largo era, todo el cuerpo a la vez. Si se dejaba caer de esa forma, previsiblemente salvaría del golpe la cabeza, que pensaba mantener muy erguida al caer. Su espalda parecía dura; seguro que no le pasaría nada al caer en la alfombra. El mayor reparo se lo daba el pensar en el gran ruido que sin duda iba a provocar, y que probablemente suscitaría, si no susto, sí preocupación al otro lado de las puertas. Pero tenía que arriesgarse.

Cuando Gregor ya sobresalía a medias de la cama —el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, solo tenía que balancearse sobre la espalda—, se le ocurrió pensar en lo fácil que sería todo si alguien le ayudara. Hubiera bastado con que dos personas fuertes —pensó en su padre y en la criada— deslizaran los brazos bajo su abombada espalda, le sacaran de la cama, se inclinaran con su carga y después simplemente le dejaran brincar con cuidado al suelo, donde era de esperar que las patitas tendrían sentido. Pero, aparte de que las puertas estaban cerradas, ¿debía realmente pedir ayuda? A pesar de sus cuitas,¹⁰ no pudo reprimir una sonrisa al pensarlo.

Había llegado a un punto en que con un balanceo mayor apenas podría mantener el equilibrio —y tenía que decidirse pronto, porque dentro de cinco minutos serían las siete y cuarto—, cuando llamaron a la puerta de la casa. «Será alguien de la tienda», se dijo, y casi se paralizó, mientras sus patitas danzaban aún más aprisa. Por un instante todo quedó en silencio. «No abren», se dijo Gregor, preso de una descabellada¹¹ esperanza. Pero naturalmente entonces, como siempre, la criada fue con paso firme hacia la puerta y abrió. A Gregor solo le hizo falta oír el primer saludo del visitante para saber quién era: el gerente¹² en persona. ¿Por qué estaría condenado Gregor a trabajar para una empresa donde la menor falta despertaba la mayor de las sospechas? ¿Es que todos y cada uno de los empleados eran unos granujas?, ¿no había entre ellos uno solo, leal y servicial, que porque había perdido un par de horas de trabajo se volvía loco de remordimiento y precisamente por eso no estaba en condiciones de salir de la cama? Realmente, ¿no bastaba con enviar a un aprendiz a preguntar?, si es que era preciso preguntar; ¿tenía que venir el gerente en persona, e indicar con esto a toda la inocente familia que la investigación de aquella conducta sospechosa solo podía confiarse a la inteligencia del gerente? Y más a consecuencia de la excitación en que estas reflexiones lo pusieron que

de una verdadera decisión, Gregor se tiró de la cama con todo su peso. Hubo un fuerte golpe, pero no un estruendo propiamente dicho. La caída fue amortiguada un tanto por la alfombra, la espalda era también más elástica de lo que Gregor había pensado, por lo que se oyó un ruido sordo, no tan llamativo. Solo que no había mantenido la cabeza lo bastante alta y se había dado un golpe en ella; la giró y la frotó contra la alfombra, con irritación y dolor.

—Ahí dentro se ha caído algo —dijo el gerente en la habitación de la izquierda. Gregor intentó imaginarse que al gerente le pasara algo parecido a lo que hoy le había ocurrido a él; había que admitir esa posibilidad. Pero, como cruda respuesta a esta pregunta, el gerente dio un par de pasos decididos e hizo crujir sus botas de charol. Desde la habitación de la derecha, la hermana susurró, para advertir a Gregor:

—Gregor, el gerente está aquí.

—Lo sé —dijo Gregor para sí, pero no se atrevió a levantar la voz lo bastante como para que su hermana lo oyera.

—Gregor —dijo entonces su padre desde la habitación de la izquierda—, ha venido el señor gerente y quiere saber por qué no has cogido el tren de la mañana. No sabemos qué decirle. Además quiere hablar contigo personalmente. Así que, por favor, abre la puerta. El señor gerente tendrá la bondad de disculpar el desorden del cuarto.

—Buenos días, señor Samsa —gritó cordialmente el gerente.

—No se encuentra bien —dijo la madre al gerente, mientras el padre seguía hablando en la puerta—, no se encuentra bien, señor gerente, créame. De lo contrario, ¡cómo iba a perder Gregor un tren! El muchacho no piensa más que en el negocio. Casi me enfada porque nunca sale por las noches; esta vez ha estado ocho días en la ciudad, pero todas las noches en casa. Se sienta a la mesa con nosotros y lee tranquilamente el periódico o estudia los horarios de los trenes. Su única distracción es hacer trabajos de marquetería.¹³ Por ejemplo, en dos o tres tardes ha tallado un pequeño marco; le va a sorprender a usted lo bonito que es; está colgado en su cuarto, lo verá usted en cuanto abra Gregor. Por otra parte, me alegro de que haya venido, señor gerente; nosotros solos no hubiéramos conseguido que Gregor abriera la puerta; es muy testarudo, y seguro que no se encuentra bien, aunque esta mañana decía que sí.

—Enseguida voy —dijo Gregor lenta y prudentemente, y no se movió un ápice¹⁴ para no perder palabra de la conversación.

—De otro modo yo tampoco me lo explico, querida señora —dijo el gerente—. Espero que no sea nada serio. Por otra parte, hay que decir que nosotros, los comerciantes, por suerte o por desgracia, muchas veces tenemos que superar una leve indisposición en aras del negocio.

—Entonces, ¿puede pasar ya el señor gerente? —preguntó el impaciente padre, y volvió a golpear la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se produjo un penoso silencio, en la habitación de la derecha la hermana comenzó a sollozar.

¿Por qué no iba su hermana con los otros? Seguro que se acababa de levantar de la

cama y ni siquiera había empezado a vestirse. ¿Y por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y no dejaba entrar al gerente, porque estaba en peligro de perder su puesto de trabajo y porque entonces el jefe volvería a perseguir a sus padres con las viejas exigencias? Sin embargo, por el momento eso era preocuparse innecesariamente. Gregor todavía estaba allí y no había pensado ni por un instante en abandonar a su familia. De momento, estaba sobre la alfombra, y nadie que hubiera conocido su estado habría podido seriamente exigirle que dejara pasar al gerente. Sin embargo, Gregor no podía ser despedido por aquella pequeña descortesía, para la que ya encontraría más tarde una excusa apropiada. Le pareció que ahora era mucho más razonable dejarlo en paz, en vez de molestarlo con llantos y charlas. Pero era precisamente la incertidumbre la que acosaba a los otros y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —llamó entonces el gerente alzando la voz—, ¿qué ocurre? Se atrinchera usted en su cuarto, se limita a contestar sí o no, preocupa usted grave e innecesariamente a sus padres y abandona —dicho sea de pasada— sus obligaciones laborales de forma realmente inaudita. Le hablo en nombre de sus padres y de su jefe y le pido muy en serio una explicación clara e instantánea. Me sorprende, me sorprende. Creía que era usted un hombre tranquilo y razonable, y ahora de repente parece que quiere presumir de caprichos extravagantes. El jefe me ha indicado esta mañana una posible explicación para su falta —concerniente al cobro que se le encargó a usted hace poco— y yo casi he empeñado mi palabra de honor en que esa explicación no podía ser cierta. Pero ahora, al ver su incomprensible terquedad, estoy perdiendo las ganas de comprometerme en lo más mínimo por usted. Y desde luego su posición no es la más firme. Al principio tenía la intención de decirle todo esto en privado, pero ya que me hace perder inútilmente el tiempo, no veo por qué no deben saberlo también sus señores padres. Su rendimiento en los últimos tiempos ha sido muy insatisfactorio; desde luego esta no es la mejor estación para hacer buenos negocios, lo reconocemos, pero no hay estación para no hacer ningún tipo de negocios, señor Samsa, no puede haberla.

—Pero señor gerente —gritó Gregor, fuera de sí, y olvidó en su excitación todo lo demás—, abro enseguida, al instante. Una leve indisposición, un mareo, me ha impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ya vuelvo a estar en forma. Estoy levantándome. ¡Solo un instante de paciencia! La cosa aún no va tan bien como yo pensaba. Pero estoy bien. ¡Cómo le puede sorprender esto a uno! Ayer por la noche estaba estupendamente, mis padres lo saben, o mejor dicho, ya ayer por la noche tenía un pequeño presentimiento. Me lo tenían que haber notado. ¡Por qué no lo diría en el trabajo! Pero siempre piensa uno que podrá superar la enfermedad sin quedarse en casa. ¡Señor gerente, piense en mis padres! No hay ningún motivo para los reproches que usted me hace; no me habían dicho ni una palabra. Quizá no ha leído usted los últimos pedidos que he enviado. Además, me pondré en camino en el tren de las ocho, estas dos horas de descanso me han fortalecido. No se entretenga más, señor gerente; enseguida iré en persona a la tienda, tenga usted la bondad de decirlo y de presentar mis respetos al jefe.

Y mientras Gregor soltaba todo esto atropelladamente, sin saber apenas lo que decía,

se había acercado con facilidad al baúl —consecuencia de la práctica adquirida en la cama— e intentaba ahora enderezarse apoyándose en él. Quería abrir la puerta, dejarse ver y hablar con el gerente; estaba ansioso por ver lo que los otros, que tanto lo llamaban, dirían al verlo. Si se asustaban, Gregor ya no sería responsable y podría estar tranquilo. Si lo tomaban todo con tranquilidad, ya no tendría motivos para preocuparse y podría de hecho, si se daba prisa, estar a las ocho en la estación. Al principio resbaló algunas veces en el liso baúl, pero por fin se dio un último impulso y se enderezó; ya no prestó atención a los dolores en la parte inferior del cuerpo, por más que ardían. Se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyo borde se agarró con sus patitas. Con esto recobró el dominio de sí mismo y enmudeció, para escuchar al gerente.

—¿Han entendido ustedes algo? —preguntaba el gerente a los padres—. ¿No se estará riendo de nosotros?

—¡Por el amor de Dios! —gritó la madre, ya entre sollozos—. Quizá está gravemente enfermo, y nosotros lo atormentamos. ¡Grete! ¡Grete! —gritó entonces.

—¿Madre? —gritó la hermana desde el otro lado. Hablaban a través de la habitación de Gregor.

—Tienes que ir enseguida al médico. Gregor está enfermo. Ve al médico enseguida. ¿Le has oído hablar?

—Era una voz de animal —dijo el gerente, en un tono sorprendentemente suave comparado con los gritos de la madre.

—¡Anna, Anna! —gritó el padre yendo a la cocina a través del vestíbulo y dando palmadas—. ¡Vaya enseguida a buscar un cerrajero!

Y las dos muchachas corrieron por el vestíbulo, con rumor de faldas —¿cómo se había vestido tan rápido su hermana?—, y abrieron la puerta de la casa. No se oyó cerrar; seguramente habían dejado abierto, como suele ocurrir en las casas en las que ha sucedido una gran desgracia.

Pero Gregor estaba mucho más tranquilo. Desde luego, ya no se le entendía, aunque a él sus palabras le habían parecido lo suficientemente claras, más claras que antes, quizá porque se le había acostumbrado el oído. Pero sea como fuere, creían que algo no iba bien y estaban dispuestos a ayudarlo. La decisión y seguridad con que se tomaron las primeras medidas le hizo mucho bien. Se sentía otra vez incluido en el círculo de los seres humanos y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con precisión, acciones magníficas y sorprendentes. Tosió un poco para conseguir una voz lo más clara posible, de cara a las decisivas conversaciones que se avecinaban, esforzándose en todo caso en hacerlo de forma sigilosa, porque tal vez ese ruido sonara también distinto de una tos humana, lo que él mismo ya no confiaba en poder distinguir. Entretanto en el cuarto de al lado se había hecho el silencio. Quizá sus padres estaban sentados a la mesa con el gerente y cuchicheaban, quizá todos estaban apoyados en la puerta y escuchaban.

Gregor se deslizó lentamente con la silla hacia la puerta, la soltó allí, se tiró contra la puerta, se sostuvo erguido contra ella —las puntas de sus patas eran algo adhesivas— y descansó un instante del esfuerzo. Entonces se puso a girar con la boca la llave en la

cerradura. Por desgracia, parecía ser que no tenía dientes propiamente dichos, así que ¿con qué iba a coger la llave? Pero, desde luego, sus mandíbulas eran muy fuertes; con su ayuda accionó la llave, sin prestar atención a que sin duda se estaba causando algún tipo de lesión, pues un líquido marrón le salió de la boca, fluyó por encima de la llave y goteó en el suelo.

—Escuchen —dijo el gerente, en el cuarto de al lado—. Está girando la llave.

Esto fue un gran estímulo para Gregor; todos hubieran debido jalearle, incluso su padre y su madre: «Ánimo, Gregor», hubieran debido gritarle, «sigue adelante, duro con la cerradura». Y al pensar que todos seguían sus esfuerzos con ansiedad, mordió la llave con todas las fuerzas que pudo reunir, casi perdiendo el sentido. Según avanzaba el giro de la llave, él se colgaba de la cerradura; ahora solo se sostenía con la boca y, según le hacía falta, se colgaba de la llave o la empujaba otra vez con todo el peso de su cuerpo. El claro sonido del cerrojo, que al fin se descorría, hizo volver en sí a Gregor. Tomando aire se dijo: «No me ha hecho falta el cerrajero», y apoyó la cabeza en el pestillo, para abrir completamente la puerta.

Como tenía que abrir de esa manera, ya estaba la puerta muy abierta y a él aún no se le veía. Tenía que girar lentamente en torno a una de las hojas, y con mucho cuidado, si no quería caer de espaldas en el umbral. Todavía estaba ocupado en este difícil movimiento, y no tenía tiempo de prestar atención a nada más, cuando oyó al gerente emitir un fuerte «¡Oh!» —sonó como el silbar del viento— y entonces también lo vio, era el que estaba más cerca de la puerta, se apretaba la mano contra la boca abierta y retrocedía lentamente, como empujado por una fuerza invisible y regular. La madre —a pesar de la presencia del gerente, todavía llevaba el pelo revuelto de la noche, encrespado— miró primero al padre juntando las manos, dio un par de pasos hacia Gregor y cayó en el centro del círculo de su falda extendida, con el rostro oculto en el pecho. El padre cerró el puño con expresión amenazadora, como si quisiera devolver a Gregor de un golpe a su cuarto, miró inseguro a su alrededor, luego se cubrió los ojos con las manos y lloró de tal forma que su robusto pecho se sacudía.

Gregor no pasó a la otra habitación, sino que se apoyó por dentro en la hoja de la puerta que seguía fija, de forma que solo se podía ver la mitad de su cuerpo y la cabeza echada a un lado, mirando a los otros. Entretanto la claridad había aumentado; con claridad se veía al otro lado de la calle un trozo de la interminable casa negruzca de enfrente —era un hospital—, con sus ventanas que rompían duramente la fachada a intervalos regulares; la lluvia seguía cayendo, pero solo en grandes gotas, individualmente visibles y que caían también individualmente. Los cubiertos del desayuno estaban sobre la mesa en gran cantidad, porque para el padre el desayuno era la comida más importante del día, que alargaba durante horas mediante la lectura de distintos periódicos. Justo en la pared de enfrente colgaba una fotografía de Gregor, de la época de su servicio militar, que lo representaba en uniforme de teniente, con una mano en el sable y una sonrisa despreocupada, como exigiendo respeto para su postura y su uniforme. La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta, y como la de la calle también lo estaba, se veían el rellano y el comienzo de la escalera que bajaba a la calle.

—Bueno —dijo Gregor, y fue consciente de que era el único que conservaba la calma —, enseguida me vestiré, recogeré el muestrario y me iré. ¿Queréis, queréis que me vaya? Ya ve, señor gerente, no soy terco y me gusta trabajar; viajar es molesto, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va, señor gerente? ¿A la tienda? ¿Sí? ¿Lo contará usted todo tal como ha sido? Por un instante se puede ser incapaz de trabajar, pero ese es el momento de acordarse de lo mucho que se rendía antes y de pensar que después, vencidos los impedimentos, se trabajará con muchas más ganas y mayor diligencia. Estoy muy reconocido al jefe, ya lo sabe usted. Además, tengo la preocupación de mis padres y mi hermana. Estoy en un aprieto, pero saldré de él. No me lo haga más difícil de lo que ya es. ¡Póngase usted de mi parte en el trabajo! Los viajantes no caen bien, lo sé. Se suele pensar que ganan una fortuna y se dan la gran vida. No hay ningún motivo para reconsiderar este prejuicio. Pero usted, señor gerente, usted conoce mejor las circunstancias que el resto del personal; incluso, en confianza, mejor que el propio jefe, que en su calidad de empresario se suele equivocar fácilmente en contra de un empleado. Usted sabe muy bien que el viajante, que está casi todo el año fuera de la tienda, puede ser fácilmente víctima de la charlatanería, la casualidad y las quejas infundadas, contra las que es imposible defenderse, porque la mayoría de las veces no se entera de ellas más que cuando, al volver a casa agotado de un viaje, sufre en sus propias carnes sus graves consecuencias, cuyas causas ya no es posible determinar. ¡Señor gerente, no se vaya sin haberme dicho una palabra que me indique que me da la razón, por lo menos en una pequeña parte!

Pero el gerente había dado la espalda a Gregor ya al oír sus primeras palabras, ahora solo le miraba por encima de los hombros convulsos,¹⁵ con los labios contraídos. Y durante el discurso de Gregor no se había estado quieto ni un momento, sino que se iba deslizando hacia la puerta, sin perder de vista a Gregor, pero poco a poco, como si hubiera una secreta prohibición de abandonar el cuarto. Ya estaba en el vestíbulo y, por el repentino movimiento con que había sacado por fin el pie del comedor, se hubiera podido pensar que se había quemado la planta del mismo. En el vestíbulo, en cambio, extendió la mano delante de sí, en dirección a la escalera, como si allí lo esperara una especie de salvación sobrenatural.

Gregor se dio cuenta de que de ninguna manera podía dejar marchar al gerente en aquel estado si no quería que su situación en la empresa se viera amenazada en grado sumo. Los padres tampoco entendían lo que ocurría; durante largos años se habían convencido de que, en esa empresa, Gregor tenía trabajo para toda la vida, y además sus preocupaciones actuales los tenían tan ocupados que habían abandonado toda previsión. Pero Gregor conservaba esa previsión. Había que retener, tranquilizar, convencer y, por último, ganarse al gerente; ¡el futuro de Gregor y de su familia dependía de ello! ¡Si su hermana hubiera estado allí!... Ella era lista; había llorado cuando Gregor todavía estaba tranquilamente tumbado. Y, sin duda, el gerente, aquel galanteador,¹⁶ se hubiera dejado llevar por ella; ella hubiera cerrado la puerta y le habría quitado el susto en el vestíbulo.

Pero su hermana no estaba allí; Gregor tenía que actuar por sí mismo. Y sin pensar en que aún desconocía sus actuales capacidades para moverse, sin pensar tampoco en que

sus palabras posiblemente, incluso probablemente, no serían entendidas, abandonó la puerta, se deslizó por la abertura; quiso ir hacia el gerente, que se agarraba ridículamente con ambas manos a la barandilla del rellano; pero enseguida Gregor, con un pequeño grito, cayó buscando dónde agarrarse sobre sus muchas patitas. Apenas hubo sucedido esto, sintió por primera vez en aquella mañana una sensación de bienestar físico; las patitas tenían suelo firme debajo de ellas; obedecían completamente, como advirtió para su satisfacción; intentaban incluso llevarlo donde él quería; llegó a pensar que el remedio de todas sus cuitas estaba próximo. Pero en el mismo instante, cuando se balanceaba en el suelo conteniendo sus movimientos, no lejos de su madre que yacía frente a él, ella, que parecía completamente ensimismada, saltó de un golpe con los brazos extendidos y los dedos abiertos y gritó: «¡Socorro, por el amor de Dios, socorro!». Tenía la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, pero, en contradicción con esto, retrocedió apresuradamente; había olvidado que a su espalda estaba la mesa puesta; al llegar hasta ella se sentó encima, como ausente, y no pareció darse cuenta de que a su lado la gran cafetera volcada derramaba el café a chorros sobre la alfombra.

—Madre, madre —dijo suavemente Gregor, mirándola desde abajo. Por un instante, el gerente desapareció de su pensamiento, en cambio, a la vista del café que se derramaba, no pudo evitar abrir y cerrar las mandíbulas en vacío varias veces. Al verlo su madre gritó de nuevo, huyó de la mesa y cayó en brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero ahora Gregor no tenía tiempo para sus padres; el gerente ya estaba en la escalera, con la barbilla apoyada en la baranda, y volvía la vista atrás por última vez. Gregor tomó impulso para asegurarse de que lo alcanzaría, pero el gerente debió de intuirlo, porque bajó varios escalones de un salto y desapareció; antes lanzó un grito que resonó en toda la escalera. Por desgracia, esta huida del gerente pareció trastornar por completo al padre, que hasta entonces había estado relativamente sereno, porque en lugar de ir en pos del¹⁷ gerente, o cuando menos no estorbar a Gregor en su persecución, tomó con la mano derecha el bastón que el gerente había dejado en un sillón, junto con el sombrero y el abrigo, cogió de la mesa con la izquierda un gran periódico y, dando patadas en el suelo y esgrimiendo el periódico y el bastón, intentó hacer retroceder a Gregor hacia su habitación. De nada sirvieron los ruegos de Gregor, que tampoco fueron entendidos, porque cuanto más humildemente bajaba Gregor la cabeza, tanto más fuerte golpeaba su padre el suelo con los pies. Al otro lado, la madre había abierto una ventana a pesar del frío y, asomándose mucho, se tapaba la cara con las manos. Entre el callejón y la escalera se produjo una fuerte corriente de aire, los visillos se alborotaron, los periódicos crujieron en la mesa, algunas hojas cayeron al suelo revoloteando. Implacable, el padre lo empujaba lanzando silbidos, como loco. Pero como Gregor no tenía experiencia en andar hacia atrás, lo hacía realmente muy despacio. Si por lo menos hubiera podido darse la vuelta, enseguida habría estado en su cuarto, pero temía que el giro llevara su tiempo y colmara la paciencia del padre, y a cada instante el bastón en la mano paterna hacía más temible un golpe mortal en la espalda o la cabeza. Por fin, Gregor no tuvo otro remedio, porque se dio cuenta con horror de que andando de espaldas ni siquiera podía mantener la dirección; así que, entre incesantes miradas temerosas al padre, comenzó a girar lo

más rápido que pudo, muy lentamente en realidad. Quizá el padre advirtió su buena voluntad, porque no le molestó, sino que incluso dirigió el giro desde lejos con la punta del bastón. ¡Si por lo menos su padre no silbara de aquella forma tan insufrible! Le hacía perder la cabeza.

Casi había terminado de darse la vuelta cuando, oyendo el silbido sin cesar, se confundió y retrocedió un trecho. Pero cuando por fin, felizmente, tuvo la cabeza ante la puerta abierta, se demostró que su cuerpo era demasiado ancho como para seguir avanzando sin más. Naturalmente al padre, en su actual estado, no se le ocurrió abrir la otra hoja de la puerta para dejar espacio suficiente a Gregor. Su idea fija era simplemente que Gregor tenía que entrar en su habitación tan rápido como fuera posible. Nunca hubiera permitido los trabajosos preparativos que Gregor necesitaba para poder erguirse y pasar quizá por la puerta de esta manera. Más bien empujó a Gregor haciendo más ruido, como si no hubiera ningún obstáculo; el ruido tras de Gregor ya no sonaba como la voz de un solo padre; ya no era momento para bromas, y Gregor se apretó —pasara lo que pasara— contra la puerta. Un lado de su cuerpo se elevó, se quedó torcido en el umbral, uno de sus costados estaba completamente herido, en la puerta blanca quedaron unas horribles manchas, pronto se encontró atascado y no hubiera podido moverse por sí solo —las patitas de un lado colgaban temblorosas en el aire, las del otro se aplastaban dolorosamente contra el suelo—, cuando el padre le dio por detrás un fuerte golpe, verdaderamente liberador, y él voló al interior de su cuarto, sangrando abundantemente. La puerta fue cerrada con el bastón, y al fin se hizo el silencio.

2. Coriácea: Que tiene la dureza y tacto del cuero.

3. Callosidad: Parte endurecida de la piel.

4. Muestrario: Colección de muestras de los productos que vende una empresa, que sus representantes llevan para enseñarla.

5. Viajante: Representante de una empresa, que viaja por distintas ciudades enseñando sus productos.

6. Boa de piel: Prenda de piel, alargada como una serpiente (por ello se llama boa), que sirve para protegerse el cuello.

7. Manguito: Prenda cilíndrica de piel, abierta por ambos lados, que sirve para meter las manos y protegerlas del frío.

8. Hurí: En sentido figurado, mujer que vive como reina.

9. Hechura: En sentido figurado, persona que ha sido educada a la medida de los gustos de alguien.

10. Cuita: Pena.

11. Descabellada: Absurda, insensata.

12. Gerente: Directivo que lleva las cuentas y asuntos del personal de una empresa.

13. Marquetería: Trabajo de talla sobre la madera.

14. Ápice: Parte pequeñísima, espacio muy reducido.

15. Convulso: Agitado.

16. Galanteador: Hombre al que le gusta dedicar cumplidos a las mujeres y coquetear con ellas.

17. En pos de: Detrás.

II



Solo al atardecer despertó Gregor de su pesado sueño, semejante a un desmayo. Sin duda, no hubiera tardado en despertarse por sí solo, porque se sentía suficientemente descansado, pero al parecer lo que le había despertado habían sido unos pasos furtivos y un cauteloso cerrarse de la puerta que daba al vestíbulo. El brillo de las luces de la calle lanzaba palideces aquí y allá en el techo del cuarto y en la parte superior de los muebles, pero abajo, donde estaba Gregor, todo estaba oscuro. Lentamente se deslizó hacia la puerta, tanteando aún torpemente con sus antenas, que solo ahora empezaba a valorar, para ver qué había pasado. Su costado izquierdo parecía una única y larga llaga, desagradablemente tirante, y cojeaba en toda regla sobre sus dos filas de patas. Por otra parte, una patita se había lesionado gravemente en el curso de los acontecimientos de la mañana —era casi un milagro que solo fuera una— y se arrastraba sin vida.

Solo al llegar junto a la puerta advirtió lo que le había atraído hasta allí: había sido el olor de algo comestible. Porque allí había un cuenco lleno de leche dulce, en la que nadaban trocitos de pan blanco. A punto estuvo de echarse a reír de alegría, porque tenía todavía más hambre que por la mañana, e inmediatamente metió la cabeza en la leche casi hasta los ojos. Pero pronto la retiró decepcionado: no era únicamente que comer le resultara difícil a causa de las molestias de su costado izquierdo —solo podía comer si todo el cuerpo colaboraba sorbiendo—, sino que la leche, que antes era su bebida favorita, y sin duda por eso su hermana se la había puesto, no le gustaba en absoluto, es más, se apartó del cuenco casi con repugnancia y se arrastró otra vez hasta el centro del cuarto.

Gregor vio, por la rendija de la puerta, que en el comedor estaba encendida la luz de gas, pero mientras antes a aquella hora del día su padre solía leer en voz alta el periódico de la tarde a su madre y a veces incluso a su hermana, ahora no se oía ruido alguno. Bueno, quizá esa lectura en voz alta de la que su hermana siempre le hablaba y escribía ya no se hacía en los últimos tiempos. Pero a su alrededor todo permanecía en silencio, aunque sin duda la casa no estaba vacía. «Qué vida tan tranquila lleva mi familia», se dijo Gregor, y sintió, mientras miraba fijamente a la oscuridad frente a él, un gran orgullo por haber podido procurar a sus padres y a su hermana una vida así en una casa tan bonita. ¿Es que toda la tranquilidad, todo el bienestar, toda la felicidad tenían que terminar ahora de manera espantosa? Para no perderse en tales pensamientos, Gregor prefirió ponerse en movimiento y se arrastró arriba y abajo por el cuarto.

Durante la larga tarde, en una ocasión se abrió una de las puertas laterales y otra vez la de enfrente, una pequeña rendija que volvió a cerrarse con rapidez; alguien tenía necesidad de entrar, pero a la vez tenía demasiados reparos. Gregor se detuvo al lado de la puerta del comedor, decidido a hacer entrar de alguna manera al indeciso visitante, o por lo menos a saber quién era; pero la puerta ya no se abrió, y Gregor esperó en vano. Antes, cuando las puertas estaban cerradas, todo el mundo quería entrar, y ahora que él había abierto una puerta y las otras habían sido aparentemente abiertas a lo largo del día, ya no venía nadie, y las llaves estaban puestas por fuera.

Solo entrada la noche se apagó la luz del comedor, y fue fácil comprobar que los padres y la hermana habían seguido despiertos hasta entonces, porque se pudo oír con claridad cómo los tres se alejaban andando de puntillas. Ahora era seguro que nadie entraría a ver a Gregor hasta el día siguiente; tenía pues mucho tiempo para meditar sin molestias cómo ordenaría de nuevo su vida. Pero la amplia y alta habitación en la que estaba obligado a permanecer tumbado en el suelo lo atemorizaba, sin que pudiera encontrar la causa, ya que era la misma habitación que ocupaba desde hacía cinco años... Y de forma medio inconsciente, no sin un poco de vergüenza, corrió a meterse debajo del sofá, donde, a pesar de que su espalda estaba un poco apretada y no podía levantar la cabeza, enseguida se encontró muy cómodo; solo lamentaba que su cuerpo fuera demasiado ancho como para poder meterse del todo debajo del sofá.

Allí estuvo toda la noche, que pasó inmerso en parte en una duermevela de la que el hambre lo sacaba sobresaltado una y otra vez, en parte en preocupaciones y confusas esperanzas que le llevaron a la conclusión de que por el momento debía conservar la calma y, con paciencia y la mayor consideración, hacer soportables a su familia las incomodidades que en su actual estado se veía obligado a causar.

Ya por la mañana temprano, aún era casi de noche, Gregor tuvo ocasión de poner a prueba la firmeza de sus recién tomadas decisiones, porque su hermana, casi completamente vestida, abrió la puerta que daba al vestíbulo y miró al interior con impaciencia. Tardó en localizarlo, pero cuando lo vio debajo del sofá —por Dios, tenía que estar en alguna parte, no podía haber volado— se asustó tanto que, sin poder controlarse, volvió a cerrar la puerta quedándose fuera. Pero, como si se arrepintiera de su actitud, volvió a abrir la puerta inmediatamente y entró de puntillas, igual que si estuviera con un enfermo o un extraño. Gregor había sacado la cabeza hasta el borde del sofá y la observaba. ¿Se daría cuenta de que no había tocado la leche, y no por falta de hambre, y traería una comida más adecuada? Si no lo hacía, él prefería dejarse morir de hambre antes que hacérselo notar, a pesar de que sentía unas ganas horribles de salir de debajo del sofá, echarse a los pies de su hermana y rogarle que le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana advirtió enseguida con asombro el cuenco aún lleno, en torno al cual se había derramado un poco de leche, lo cogió —desde luego no con las manos desnudas, sino con un trapo— y se lo llevó. Gregor se moría de curiosidad por ver lo que traería en su lugar y se imaginaba las cosas más variadas. Pero nunca se le hubiera ocurrido lo que la hermana realmente hizo en su bondad. Le trajo una completa selección de cosas para probar qué le gustaba, todo extendido en un periódico. Había verdura medio podrida, huesos de la cena, bañados en una solidificada salsa blanca, unas cuantas pasas y almendras, un queso que Gregor había considerado intragable dos días antes, un trozo de pan seco, otro untado con mantequilla y otro con mantequilla y sal. Además puso junto a todo eso el cuenco —que parecía destinado a Gregor de una vez por todas— en el que había echado agua. Y con delicadeza —porque sabía que Gregor no comería delante de ella— se alejó velozmente y hasta cerró con llave para que Gregor se diera cuenta de que podía hacerlo tan cómodamente como quisiera. Las patitas de Gregor emitieron un zumbido cuando se dirigió hacia la comida. Sus heridas debían de

haberse curado completamente, porque ya no sentía impedimento alguno; se asombró al pensar en cómo hacía más de un mes se había cortado un poco en el dedo y cómo esa herida le había dolido bastante hasta anteayer mismo. «¿Tendré menos sensibilidad?», pensó, y chupó ansiosamente el queso, que de todas las comidas era la que primero y más le había atraído. A toda prisa y con ojos llorosos de satisfacción, devoró en rápida sucesión el queso, la verdura y la salsa; por el contrario, las comidas frescas no le gustaron, ni siquiera pudo soportar su olor e incluso apartó de ellas lo que sí quería comer. Hacía tiempo que había terminado con todo, y estaba tumbado perezosamente en el mismo lugar, cuando su hermana giró lentamente la llave, como señal de que él debía retirarse. Esto le despejó inmediatamente, a pesar de que ya casi estaba dormido, y se volvió corriendo debajo del sofá. Pero le supuso un gran autodomínio permanecer bajo el sofá el poco tiempo que su hermana estuvo en la habitación, porque la abundante comida había redondeado un poco su abdomen y apenas podía respirar en un sitio tan estrecho. Semiahogado y con los ojos saliéndosele un poco de las órbitas, vio cómo la hermana, sin sospechar nada, barría con la escoba no solo los restos, sino también los alimentos que Gregor no había tocado, como si ya no se pudieran utilizar, y cómo lo tiraba todo precipitadamente a un cubo, que cerró con una tapa de madera y se llevó. Apenas ella se hubo dado la vuelta, Gregor salió de debajo del sofá, se estiró y respiró hondo.

De esta forma empezó Gregor a recibir su comida diaria: una vez, por la mañana, cuando los padres y la criada aún dormían; otra, después de la comida familiar, porque entonces los padres dormían igualmente un ratito y su hermana echaba a la criada con cualquier pretexto. Sin duda, ellos tampoco querían que Gregor muriera de hambre, pero quizá no hubieran podido soportar saber de su comida más que de oídas, quizá su hermana quería ahorrarles en lo posible los pequeños disgustos, porque ya sufrían bastante.

Gregor no pudo averiguar con qué excusas habían echado el primer día al médico y al cerrajero, porque ya que a él no lo entendían, nadie pensó, ni siquiera su hermana, que él pudiera entenderlos a ellos, y así cuando su hermana estaba en la habitación tenía que contentarse con oír de vez en cuando sus sollozos y sus invocaciones a todos los santos. Solo más tarde, cuando ella se hubo acostumbrado un poco —por supuesto, no se podía hablar de acostumbrarse del todo—, Gregor captó a veces alguna observación amistosa o que podía tomarse por tal. «Hoy sí que le ha gustado», decía cuando Gregor comía con ganas, mientras que en el caso contrario, que se daba cada vez con más frecuencia, solía decir casi con tristeza: «Se lo ha vuelto a dejar todo».

Aunque Gregor no podía enterarse directamente de ninguna novedad, escuchaba algunas cosas en las habitaciones de al lado; en cuanto oía voces, corría a la puerta correspondiente y se pegaba a ella con todo su cuerpo. Especialmente en los primeros tiempos no había conversación que de un modo u otro no tratara de él, aunque fuera de forma solapada. Durante dos días se escuchaban en todas las comidas deliberaciones acerca de cómo había que comportarse; pero también entre comidas se hablaba del mismo tema, porque siempre había al menos dos miembros de la familia en casa, ya que nadie quería quedarse solo y tampoco se quería de ninguna manera dejar sola la

vivienda. Ya el primer día, la criada —no estaba claro qué y cuánto sabía de lo sucedido— había pedido de rodillas a la madre que la despidiera enseguida, y al marcharse un cuarto de hora después, le había agradecido el despido con lágrimas en los ojos, como si se tratara del mayor bien que nunca le había hecho, y, sin que se le pidiera, juró solemnemente no contar a nadie ni lo más mínimo de lo que había ocurrido.

Ahora la hermana tenía que cocinar, así como la madre; en cualquier caso, esto no suponía mucho trabajo, porque apenas comían nada. Una y otra vez Gregor oía cómo el uno pedía a los otros en vano que comieran, y no se le daba otra respuesta que: «Gracias, tengo bastante», o algo parecido. Quizá tampoco bebieran nada. Con frecuencia su hermana preguntaba a su padre si quería cerveza y le ofrecía cordialmente ir ella misma a buscarla, y, como el padre callaba, ella decía, para que no tuviera reparos, que también podía mandar a la portera; entonces el padre respondía por fin con un rotundo «no», y no se hablaba más del asunto.

Ya durante el primer día, el padre expuso a la madre y a la hermana tanto su situación económica como sus expectativas. De vez en cuando se levantaba de la mesa y sacaba algún recibo o algún libro de notas de la pequeña caja de caudales¹⁸ que había salvado de la quiebra de su negocio, ocurrida cinco años atrás. Se le oía abrir la complicada cerradura y volver a cerrarla tras sacar lo que buscaba. Estas explicaciones del padre fueron en parte la primera cosa agradable que Gregor pudo oír desde su cautiverio. Creía que a su padre no le había quedado absolutamente nada de aquel negocio, por lo menos él no le había dicho lo contrario, y Gregor nunca le había preguntado. La única preocupación de Gregor en aquellos momentos había sido poner todos los medios para hacer olvidar lo más rápidamente posible a su familia la desgracia financiera que la había dejado en una completa desesperanza. Y así, había empezado a trabajar con especial ardor y, casi de la noche a la mañana, había pasado de simple dependiente a viajante de comercio, con unas posibilidades económicas completamente distintas y unos éxitos laborales que, en forma de comisión, se transformaban inmediatamente en un dinero contante y sonante que podía poner sobre la mesa de la asombrada y dichosa familia. Fueron buenos tiempos que nunca se habían vuelto a repetir, por lo menos con ese brillo, a pesar de que Gregor llegó a ganar tanto dinero que podía llevar, y de hecho llevaba, el peso de los gastos de toda la familia. Habían llegado a acostumbrarse, tanto la familia como Gregor; cogían el dinero con agradecimiento; él lo proporcionaba con gusto, pero nunca más volvió a haber un calor especial. Solo la hermana seguía unida a Gregor; y el plan secreto de este era enviarla al año siguiente al conservatorio —porque, a diferencia de Gregor, amaba la música y sabía tocar el violín conmovedoramente—, sin reparar en los grandes gastos que esto ocasionaría y que habría que compensar de alguna otra forma. Con frecuencia, durante las cortas estancias de Gregor en la ciudad, el conservatorio salía en las conversaciones de Gregor y su hermana, pero siempre como un hermoso sueño en cuya realización no había que pensar, y a los padres no les gustaba oír esas inocentes menciones; pero Gregor pensaba muy seriamente en ello, y tenía la intención de anunciarlo solemnemente el día de Navidad.

Tales pensamientos —completamente inútiles en su actual estado— se le pasaban por

la cabeza mientras se pegaba erguido a la puerta y escuchaba. A veces, cansado, no podía seguir escuchando y dejaba caer la cabeza descuidadamente contra la puerta, pero enseguida volvía a levantarla, porque incluso el pequeño ruido que hacía era escuchado al otro lado y hacía enmudecer a todos.

—¿Qué hará esta vez? —decía el padre al cabo de un rato, seguro que mirando a la puerta, y solo después se reanudaba poco a poco la conversación interrumpida.

Así pues, Gregor se enteró cumplidamente —porque su padre solía repetirse en sus explicaciones, en parte porque hacía mucho que no hablaba de esas cosas, en parte también porque la madre no lo entendía todo a la primera— de que, a pesar de todas las desgracias, aún quedaba un poco de dinero de los viejos tiempos, patrimonio¹⁹ que había aumentado un poco con los intereses, que no se habían tocado. Además, el dinero que Gregor llevaba a casa todos los meses —solo se guardaba un poco para sus gastos— no se había gastado completamente, y con él se había juntado un pequeño capital. Detrás de su puerta, Gregor asentía con vehemencia, satisfecho de aquella previsión y ahorro inesperados. Desde luego, con aquel dinero sobrante habría podido pagar al jefe la deuda de su padre y habría estado mucho más cerca el día en que hubiera podido dejar el empleo, pero ahora no tenía ninguna duda de que era mucho mejor así, como el padre lo había dispuesto.

Pero ese dinero no era en absoluto suficiente como para que la familia pudiera vivir de las rentas; quizá alcanzara para mantenerse uno, como mucho dos años, no más. Solo era una suma que no se podía tocar, que había que dejar para caso de necesidad, pero había que ganar el dinero para vivir. Sin embargo, su padre era un hombre mayor, aunque sano, que llevaba cinco años sin trabajar y del que no se podía esperar demasiado; en esos cinco años, que eran las primeras vacaciones de su vida esforzada pero falta de éxito, había acumulado mucha grasa y se había vuelto pesado. Y cómo iba a ganar dinero su anciana madre, que sufría de asma, a la que andar por la casa ya causaba fatiga y que día sí día no tenía que tumbarse en el sofá con la ventana abierta por falta de aire. ¿Iba a ganar dinero su hermana, todavía una niña a sus diecisiete años, cuya vida anterior, tan envidiable, había consistido en arreglarse, dormir mucho, ayudar en casa, tomar parte en alguna sencilla diversión y, sobre todo, tocar el violín? Cuando se hablaba de esa necesidad de ganar dinero, Gregor siempre se apartaba de la puerta y se echaba en el fresco sofá de cuero que había tras ella, ardiendo de pena y de vergüenza.

A menudo se quedaba allí noches enteras, sin dormir un instante, limitándose a arañar el cuero durante horas. Otras veces no retrocedía ante el gran esfuerzo de empujar un sillón hasta la ventana, trepar hasta el alféizar y, de pie en el sillón, apoyarse en la ventana, sin duda recordando lo liberador que antes había sido para él mirar por ella. Porque, además, de día en día empezaba a ver con menor claridad incluso las cosas más cercanas; ya no alcanzaba a ver el hospital de enfrente, cuya continua vista había maldecido antes, y si no hubiera estado seguro de que vivía en la silenciosa pero completamente urbana Charlottenstrasse, habría podido creer que su ventana daba a un páramo²⁰ en el que el cielo gris y la tierra gris se unían imposibles de distinguir. Bastó con que su atenta hermana advirtiera en dos ocasiones que el sillón estaba junto a la

ventana para que en adelante, al arreglar la habitación, lo empujara ella misma hasta allí e incluso dejara abiertas las contraventanas.

Si Gregor hubiera podido hablar con su hermana y agradecerle todo lo que hacía por él, habría sobrellevado mejor su ayuda; sin embargo, así le hacía sufrir. Desde luego ella intentaba aliviar en lo posible lo penoso de la situación y, naturalmente, cuanto más tiempo pasaba, mejor lo hacía, pero con el tiempo también Gregor empezaba a darse cuenta de todo. Ya su entrada era horrible para él. Apenas entraba, corría sin detenerse a cerrar la puerta —a pesar de lo mucho que se cuidaba de ahorrar a los demás la visión del cuarto de Gregor—, directa a la ventana y la abría casi como si se ahogara, con manos presurosas; incluso cuando hacía mucho frío se quedaba un ratito junto a ella y respiraba hondo. Con estas prisas y estruendos se sobresaltaba Gregor dos veces al día; se pasaba el tiempo temblando debajo del sofá, y sin embargo sabía muy bien que con gusto le hubieran ahorrado todo eso si hubiera sido posible aguantar con las ventanas cerradas en el cuarto en el que él se encontraba.

Una vez —había pasado un mes desde la metamorfosis de Gregor, y su hermana ya no tenía especiales motivos para asustarse al verlo— ella llegó un poco antes que de costumbre y se lo encontró todavía mirando por la ventana, inmóvil y dispuesto para el susto. A Gregor no le hubiera sorprendido que no entrara, ya que en su posición él le impedía abrir inmediatamente la ventana, pero ella no solo no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta; un extraño hubiera podido pensar que Gregor estaba acechando para morderla. Naturalmente, Gregor corrió a esconderse bajo el sofá, pero tuvo que esperar hasta mediodía antes de que su hermana volviera, y cuando lo hizo, parecía mucho más inquieta que de costumbre. Él se dio cuenta entonces de que verlo seguía siendo insoportable y seguiría siéndolo; que sin duda ella tenía que dominarse mucho para no salir corriendo a la vista de la pequeña parte de su cuerpo que asomaba debajo del sofá. Un día, para ahorrarle esa visión, llevó sobre su espalda —necesitó cuatro horas para hacerlo— una sábana hasta el sofá y la colocó de forma que quedara completamente cubierto por ella, y su hermana, incluso agachándose, no pudiera verlo. Si la sábana no le hubiera parecido necesaria, ella misma habría podido apartarla, porque estaba claro que a Gregor no le podía hacer ninguna gracia aislarse de esa manera, pero la dejó como estaba, y Gregor creyó incluso ver una mirada de agradecimiento cuando, en una ocasión, levantó la sábana cautelosamente para ver cómo tomaba su hermana la nueva disposición.

Durante las dos primeras semanas los padres no pudieron decidirse a entrar a verlo, y él los oía con frecuencia alabar el actual trabajo de su hermana cuando hasta entonces se enfadaban muchas veces con ella porque les parecía una inútil. Ahora, los dos, el padre y la madre, esperaban a menudo ante el cuarto de Gregor mientras su hermana hacía limpieza, y apenas salía, tenía que contarles exactamente qué aspecto presentaba la habitación, qué había comido Gregor, cómo se había comportado esa vez y si quizá podía advertirse alguna mejoría. Por otra parte, la madre quiso visitar a Gregor relativamente pronto, pero el padre y la hermana se lo impidieron con razones que Gregor escuchaba con mucha atención y a las que daba su completa anuencia.²¹ Pero

más tarde hubo que retenerla por la fuerza, y cuando gritaba: «¡Dejadme ver a Gregor, mi desdichado hijo! ¿No comprendéis que tengo que entrar?», Gregor pensaba que quizá fuera bueno dejarla entrar, no todos los días, naturalmente, pero quizá una vez a la semana; seguro que ella lo comprendería todo mejor que su hermana que, a pesar de todo su valor, seguía siendo una niña y en última instancia quizá había tomado tan pesada tarea sobre sus hombros por inconsciencia infantil.

Pronto se cumplió el deseo de Gregor de ver a su madre. Durante el día no quería asomarse a la ventana por consideración a sus padres, pero apenas podía moverse por el par de metros cuadrados de suelo, incluso por la noche soportaba mal estar tumbado quieto, la comida pronto dejó de producirle el menor placer y así, por distracción, cogió la costumbre de trepar arriba y abajo por las paredes y el techo. Se colgaba del techo con especial placer; era completamente distinto a estar en el suelo, se respiraba con más libertad, un suave vibrar le recorría el cuerpo.

Y en la casi feliz distracción en que Gregor se encontraba allá arriba sucedió que, para su sorpresa, se desprendió y fue a estrellarse contra el suelo. Pero naturalmente su cuerpo era mucho más fuerte que antes y ni siquiera tan enorme caída pudo lastimarlo.

La hermana advirtió inmediatamente el nuevo entretenimiento que Gregor había encontrado —al trepar, dejaba a sus espaldas aquí y allá rastros de su pegamento— y se le metió en la cabeza facilitar la tarea de Gregor lo más posible y sacar los muebles que se lo impedían, sobre todo el baúl y el escritorio. Pero no estaba en condiciones de hacerlo sola y su padre no se atrevía a ayudarla; sin duda, la criada no la hubiera ayudado, pues aunque la muchacha, de unos dieciséis años, se había comportado valientemente desde que despidieran a la anterior cocinera, había pedido el favor de tener la cocina cerrada continuamente y abrir solo cuando se la llamase, así que a la hermana no le quedó más remedio que pedirselo a su madre en una ocasión en que el padre no estaba. La madre acudió entre gritos de alegría, pero enmudeció en la puerta del cuarto de Gregor. Naturalmente, la hermana miró primero si todo estaba en orden en la habitación; solo después dejó entrar a la madre. Con la mayor urgencia, Gregor había dejado caer más la sábana y con más pliegues, de forma que parecía un paño caído descuidadamente sobre el sofá. En esta ocasión se prohibió incluso espiar por debajo de la sábana; con ello renunciaba a ver a su madre y solo se alegraba de que fuera a entrar.

—Ven, no se le ve —dijo la hermana, que parecía llevar a la madre de la mano. Gregor oyó a las dos débiles mujeres mover de su sitio el viejo y pesado baúl, y oyó a la hermana cargar con la mayor parte del esfuerzo, sin atender las advertencias de su madre de que se iba a agotar. Aquello duró mucho tiempo. Al cabo de un cuarto de hora de trabajo, la madre dijo que era mejor dejar allí el baúl porque, en primer lugar, era demasiado pesado, no acabarían antes de que volviera el padre y lo dejarían en mitad de la habitación, cortando el paso, y en segundo lugar no era seguro que a Gregor le gustara que quitaran los muebles. A ella le parecía más bien lo contrario; le oprimía el corazón la vista de las paredes desnudas; por qué no iba a tener Gregor la misma sensación; estaba acostumbrado a los muebles desde hacía mucho y se sentiría abandonado en una habitación vacía.

—¿Y no es —concluyó la madre bajando la voz, casi susurrando, como si quisiera evitar que Gregor, cuya situación exacta no conocía, oyera hasta el sonido de su voz, ya que estaba convencida de que no comprendía las palabras—, no es como si al sacar los muebles quisiéramos decir que abandonamos toda esperanza de mejoría y lo abandonamos a su suerte? Creo que lo mejor sería dejar la habitación exactamente como estaba antes, para que cuando Gregor vuelva con nosotros lo encuentre todo igual y pueda olvidar más fácilmente esta época.

Al oír estas palabras de su madre, Gregor se percató de que la falta de contacto humano, unida a la monotonía de la vida que llevaba entre los suyos, tenían que haber nublado su entendimiento en el curso de aquellos dos meses, porque de otra forma no podía explicarse que hubiera podido querer seriamente que vaciaran su habitación. ¿De verdad quería transformar su cálida habitación, cómodamente decorada con muebles heredados, en una cueva en la que sin duda podría moverse sin molestias en todas direcciones, pero a costa de un rápido y total olvido de su pasado humano? Ahora ya estaba cerca del olvido, y solo la voz de su madre, que llevaba tanto tiempo sin oír, había sido capaz de conmoverlo. No había que sacar nada; había que dejarlo todo; no podía privarse de la benéfica influencia de los muebles sobre su estado, y si los muebles le estorbaban en su trepar sin sentido, eso no era ninguna desgracia, sino una gran ventaja.

Pero lamentablemente su hermana no era de la misma opinión; se había acostumbrado, y en esto no le faltaba razón, a presentarse ante los padres como especialmente entendida en lo que a Gregor se refería, y así el consejo de la madre fue para ella motivo suficiente para insistir en retirar no solo el baúl y el escritorio, en los que había pensado en un principio, sino todos los muebles, con excepción del imprescindible sofá.

Naturalmente, lo que la impulsaba a esa decisión no era tan solo tozudez infantil y la confianza en sí misma adquirida de forma tan dura e inesperada en los últimos tiempos; de hecho también había observado que Gregor necesitaba mucho espacio para reptar, mientras que, al parecer, no utilizaba los muebles lo más mínimo. Pero quizá también representaba su papel el entusiasmo propio de las muchachas de su edad, que busca satisfacción en todas las ocasiones posibles, y por el que Grete se dejaba arrastrar ahora a querer que la situación de Gregor fuera aún más pavorosa para así poder hacer por él más de lo que hacía. Porque, en un cuarto en el que Gregor fuera el único dueño y señor de las desnudas paredes, no se atrevería a entrar nunca ninguna persona que no fuera Grete.

Y así, no se dejó apartar de su decisión por la madre, insegura e intranquila en aquella habitación, que pronto enmudeció y ayudó a la hermana con todas sus fuerzas a sacar el baúl. Bueno, Gregor podía prescindir del baúl en caso necesario, pero el escritorio tenía que quedarse. Y apenas habían dejado las mujeres la habitación con el baúl, contra el que se apretaban jadeando, cuando Gregor sacó la cabeza de debajo del sofá para ver cómo podía intervenir con el mayor cuidado posible. Pero por desgracia fue la madre la que primero volvió, mientras Grete seguía agarrada al baúl en la habitación de al lado y tiraba de él de un lado para otro sin conseguir moverlo del sitio. Pero la madre no estaba acostumbrada a la visión de Gregor, podía enfermar al verlo, así que retrocedió asustado

hasta el otro extremo del sofá, pero no pudo evitar que la sábana se moviera un poco. Esto bastó para llamar la atención de la madre, que se paró en seco, estuvo quieta un momento y volvió con Grete.

A pesar de que Gregor se decía una y otra vez que no sucedía nada extraordinario, aparte de que un par de muebles iban a ser cambiados de sitio, aquel ir y venir de las mujeres, sus gritos y el raspar de los muebles en el suelo le hacían el efecto de una gran confusión, alimentada por todos lados, y tuvo que decirse sin poder evitarlo, por mucho que encogiera la cabeza y las patas y apretara su cuerpo contra el suelo, que no lo soportaría mucho más tiempo. Le vaciaban su habitación; le quitaban todo lo que le era querido; ya se habían llevado el baúl, en el que guardaba su sierra de marquetería y otras herramientas; ahora removían el escritorio, ya firmemente empotrado en el suelo, en el que había hecho sus deberes de la escuela de comercio, del instituto y hasta del colegio... ya no tenía tiempo de pensar en las buenas intenciones de las dos mujeres, cuya existencia, por otra parte, casi había olvidado, porque el agotamiento las hacía trabajar en silencio, y solo se oía el lento pisar de sus pies.

Y así fue como salió corriendo —en el cuarto de al lado, las mujeres se apoyaban en el escritorio para tomar aliento—, cambió cuatro veces el rumbo de su carrera, sin saber realmente qué debía salvar primero, y vio entonces el cuadro de la dama envuelta en pieles, colgando llamativamente en la pared ya desnuda; trepó a toda prisa por la pared y se apretó contra el cristal, que lo sostuvo y le alivió el ardor del vientre. Por lo menos este cuadro, que Gregor tapaba ahora por completo, no se lo llevaría nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta del comedor para ver volver a las dos mujeres.

No se habían concedido mucho respiro, y ya entraban de nuevo; Grete pasaba un brazo por la cintura de la madre y casi la sostenía.

—¿Qué sacamos ahora? —dijo Grete, mirando en torno a ella. Entonces su mirada se cruzó con la de Gregor en la pared. Sin duda solo la presencia de la madre le permitió contenerse; volvió su rostro a la madre para impedirle mirar y dijo, temblando y sin pensarlo:

—Ven, ¿por qué no volvemos un momento al comedor?

La intención de Grete estaba clara para Gregor: quería llevar a la madre a un lugar seguro y después hacerle bajar a él de la pared. ¡Bien, que lo intentara! Él estaba encima de su cuadro y no cedería. Antes saltaría al rostro de Grete.

Pero las palabras de Grete habían intranquilizado a la madre, que se echó a un lado, vio la enorme mancha marrón en el papel floreado de la pared y, antes incluso de darse cuenta de que lo que veía era Gregor, gritó con voz áspera y estridente:

—¡Oh Dios, oh Dios! —y cayó con los brazos abiertos sobre el sofá, como si abandonara todo, y no se movió.

—¡Gregor! —gritó la hermana, levantando el puño y con mirada penetrante. Eran las primeras palabras que le dirigía directamente desde la metamorfosis. Corrió al cuarto de al lado, a buscar un frasco de sales con el que despertar a la madre de su desmayo; Gregor quiso ayudar —ya habría tiempo para salvar el cuadro—, pero estaba pegado al cristal y tuvo que separarse violentamente; entonces corrió al cuarto de al lado, como si

pudiera dar algún consejo a su hermana como antiguamente, pero tuvo que permanecer inactivo a sus espaldas mientras ella hurgaba entre distintos frasquitos; cuando se dio la vuelta, se asustó: un frasco cayó al suelo y se rompió, un fragmento hirió a Gregor en el rostro, algún medicamento de tipo corrosivo fluyó sobre él. Sin detenerse más, Grete tomó tantos frascos como pudo, corrió con ellos adonde estaba su madre y cerró la puerta con el pie.

Ahora Gregor estaba separado de su madre, que por su culpa quizá estaba a punto de morir; no podía abrir la puerta, pero no quería espantar a su hermana, que tenía que quedarse junto a la madre; no podía hacer otra cosa más que esperar y, presa del remordimiento y la preocupación, empezó a trepar, trepó por todas partes, paredes, muebles y techo, y por fin, desesperado, como si todo el cuarto empezara a dar vueltas en torno a él, cayó en medio de la gran mesa.

Pasó un rato; Gregor yacía extenuado,²² en el entorno todo permanecía en silencio, quizá eso era buena señal. Entonces llamaron. Por supuesto la criada estaba encerrada en la cocina, y Grete tuvo que ir a abrir. El padre había llegado.

—¿Qué ha sucedido? —fueron sus primeras palabras. Sin duda el aspecto de Grete le había dado a entender lo ocurrido. Grete respondió con voz sorda, seguro que apretaba el rostro contra el pecho del padre:

—Mamá se ha desmayado, pero ya está mejor. Gregor se ha escapado.

—Me lo esperaba —dijo el padre—. Ya os lo había dicho, pero las mujeres no queréis escuchar.

Para Gregor estuvo claro que el padre había interpretado mal las palabras de Grete y pensaba que Gregor era responsable de algún acto de violencia. Por eso ahora tenía que intentar apaciguarlo, porque para explicárselo todo no tenía ni tiempo ni posibilidad. Así que huyó hacia la puerta de su cuarto y se apretó contra ella, de forma que su padre pudiera ver ya desde el vestíbulo que Gregor tenía la mejor voluntad de volver inmediatamente a su cuarto y que no era necesario empujarle, sino que solo había que abrir la puerta para que él desapareciera por ella.

Pero el padre no estaba en condiciones de apreciar tales sutilezas. «¡Ah!», gritó al entrar, en un tono que parecía a la vez de furia y alegría. Gregor apartó la cabeza de la puerta y la levantó hacia su padre. En verdad no se había imaginado a su padre como ahora lo encontraba; en los últimos tiempos la novedad de su trepar por todas partes le había impedido preocuparse como antes de lo que pasaba en el resto de la casa, y debía haber estado preparado para encontrarse las cosas cambiadas.

Pero aun así, ¿era ese su padre? ¿El mismo hombre que se quedaba hundido en la cama, cansado, cuando Gregor partía en viaje de negocios, el que lo recibía en bata en su sillón la tarde del retorno y no se podía levantar, sino que tan solo alzaba los brazos en señal de alegría, el que en los raros paseos que daban, un par de domingos al año y las festividades más importantes, se arrastraba entre Gregor y la madre —que ya de por sí iban despacio—, más lento aún con su viejo abrigo, apoyando siempre con cuidado el bastón, y el que, cuando iba a decir algo, casi siempre se quedaba callado y congregaba en torno a él a sus acompañantes? En cambio ahora iba bien erguido, vestido con un

terso uniforme azul con botones dorados, como los de los botones de los bancos; sobre el rígido cuello de la guerrera se desparramaba su enorme papada; bajo sus pobladas cejas, la mirada de sus ojos negros era viva y atenta; su pelo blanco, normalmente enmarañado, estaba ahora sometido a un preciso y reluciente peinado a raya.

Tiró al sofá su gorra —que ostentaba un monograma dorado, probablemente el de un banco—, haciéndola describir un arco por toda la habitación, y fue hacia Gregor con expresión furibunda, con las manos en los bolsillos del pantalón y las puntas de la larga guerrera echadas hacia atrás. Sin duda él mismo no sabía qué hacer; levantaba los pies de manera desacostumbrada, y Gregor se asombró del enorme tamaño de las suelas de sus botas. Sin embargo esto no lo detuvo, porque desde el primer día de su nueva vida sabía que su padre solo consideraba adecuada para él la mayor severidad.

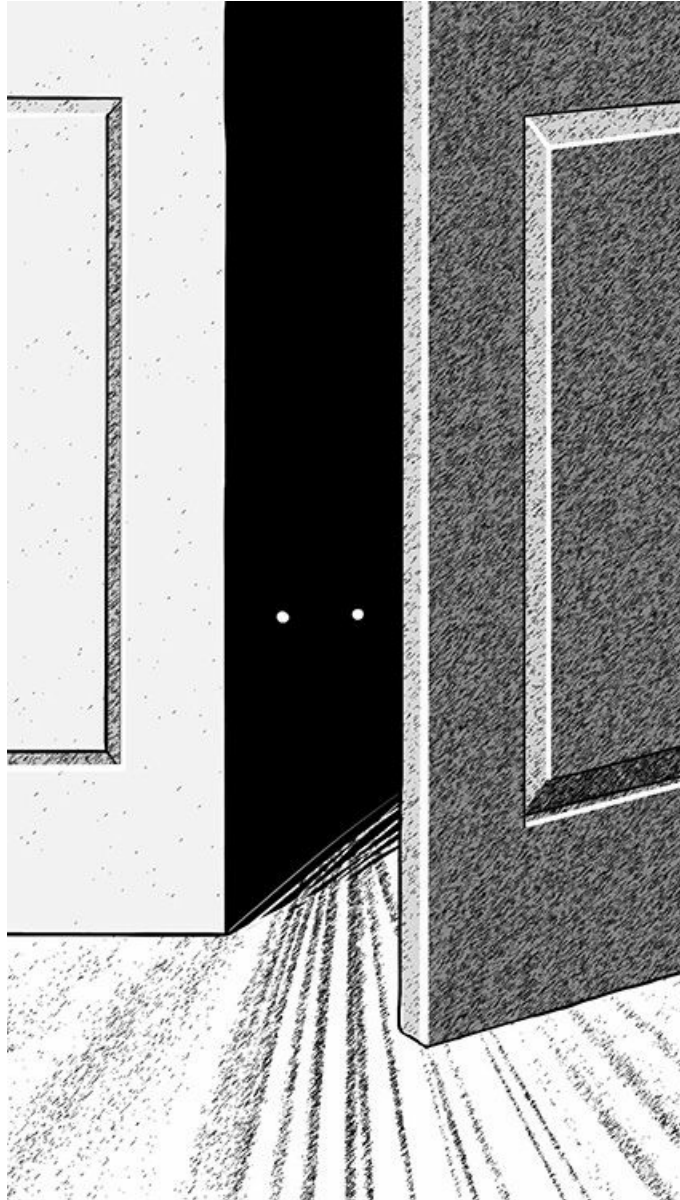
De modo que echó a correr delante del padre, parándose cuando él se paraba y volviendo a correr en cuanto se movía. Así dieron varias vueltas a la habitación, sin que ocurriera nada decisivo y sin que todo ello, debido a su lentitud, tuviera el aspecto de una persecución. Por eso también Gregor permaneció de momento en el suelo, temiendo que el padre pudiera tomar a mal una huida por las paredes o el techo. Por otra parte, Gregor tenía que admitir que no soportaría aquellas carreras durante mucho tiempo, porque para cada paso que daba su padre, él tenía que hacer un sinnúmero de movimientos. Empezaba a faltarle el aire, pues nunca había tenido unos buenos pulmones. Se tambaleó un poco, haciendo acopio de fuerzas para la carrera, con los ojos apenas abiertos; obcecado, no pensaba en otra salvación que en correr; casi había olvidado que estaban a su disposición las paredes —aunque ocultas aquí por muebles esmeradamente tallados, llenos de picos y aristas—, cuando algo lanzado con suavidad cayó volando a su lado y rodó ante él. Era una manzana; no tardó en seguirla una segunda; Gregor se quedó inmovilizado por el horror; era inútil seguir corriendo, porque su padre se había decidido a bombardearlo. Se había llenado los bolsillos con la fruta que había en el frutero del aparador y tiraba, de momento sin acertar, manzana tras manzana. Las pequeñas esferas rojas rodaban como electrizadas por el suelo y chocaban entre sí.

Una manzana lanzada débilmente rozó la espalda de Gregor, pero resbaló sin causar daños. En cambio, la que le siguió se clavó en su espalda; Gregor quiso seguir moviéndose, como si el increíble y sorprendente dolor pudiera pasarse cambiando de sitio; pero se sentía clavado en el suelo y al fin allí se tendió, en total confusión de todos sus sentidos.

Una última mirada le permitió ver cómo la puerta de su habitación se abría de golpe y su madre salía corriendo delante de su hermana, que chillaba. Iba en camisa, porque la hermana la había desvestido para procurarle aire en su desmayo. Vio cómo la madre corría hacia el padre, mientras por el camino las faldas anudadas a la cintura resbalaban al suelo una tras otra, y cómo, tropezando en ellas, caía en brazos del padre y, completamente abrazada a él —la vista de Gregor empezaba a fallar—, poniéndole las manos en la nuca, le pedía que perdonara la vida a Gregor.

- [18.](#) Caja de caudales: Caja fuerte.
- [19.](#) Patrimonio: Conjunto del dinero y las propiedades de una persona.
- [20.](#) Páramo: Campo llano, reseco y desolado.
- [21.](#) Anuencia: Aprobación.
- [22.](#) Extenuado: Agotado.

III



La grave herida de Gregor, que tardó más de un mes en curar —como nadie se atrevía a quitarla, la manzana seguía clavada en su carne como visible recordatorio—, pareció recordar incluso al padre que Gregor, pese a su aspecto actual, triste y repulsivo, era un miembro de la familia, al que no se podía tratar como a un enemigo, sino ante el que el deber de la familia era tragarse la repugnancia y tener paciencia, solo tener paciencia.

Y así, aunque a consecuencia de su herida había perdido su movilidad posiblemente para siempre, y por el momento para cruzar su cuarto necesitaba largos, largos minutos, como un viejo inválido —ya no cabía pensar en trepar por las paredes—, este empeoramiento de su estado tuvo una compensación suficiente en su opinión, como fue que siempre, al atardecer, la puerta del comedor —que solía estar observando ya dos horas antes— se abriera para que él, tumbado en la oscuridad de su habitación, invisible desde el comedor, pudiera ver a toda su familia en torno a la mesa iluminada y pudiera escuchar sus conversaciones con el consentimiento general, es decir, de forma completamente distinta a como lo hacía antes.

Desde luego ya no eran las vivaces conversaciones de antaño, en las que Gregor siempre había pensado con alguna nostalgia en las pequeñas habitaciones de los hoteles, cuando tenía que tirarse cansado sobre el húmedo lecho. Ahora, la mayoría de las veces, el tiempo transcurría en silencio. Después de la cena, el padre no tardaba en dormirse en su sillón; la madre y la hermana se pedían silencio la una a la otra; la madre cosía, muy inclinada bajo la luz, ropa fina para una tienda de modas; la hermana, que se había puesto a trabajar de dependienta, estudiaba por las tardes taquigrafía y francés para poder quizá ascender algún día a un puesto mejor. A veces, el padre se despertaba y, como si no se hubiera dado cuenta de que se había dormido, decía a la madre: «¡Cuánto coses hoy!» Y volvía a dormirse inmediatamente, mientras la madre y la hermana se sonreían cansadas.

Con una especie de testarudez, el padre se negaba a quitarse el uniforme incluso en casa, y mientras la bata colgaba inútilmente de la percha, él dormitaba completamente vestido en su sitio, como si estuviera siempre dispuesto a trabajar y esperase también allí la voz de su superior. Como consecuencia, el uniforme, que ni siquiera al principio era nuevo, perdió su limpieza a pesar de todos los cuidados de la madre y la hermana, y a menudo Gregor se pasaba tardes enteras mirando aquel traje cada vez más sucio, con sus botones dorados siempre relucientes, dentro del cual el anciano dormía lo más incómodo posible y, sin embargo, tranquilo. En cuanto el reloj daba las diez, la madre intentaba, hablándole suavemente, despertar al padre y convencerlo de que se fuera a la cama, porque eso no era dormir y el padre, que debía entrar a trabajar a las seis, tenía mucha necesidad de sueño. Pero, con la testarudez que había adquirido desde que era botones, él insistía siempre en seguir a la mesa, aunque se dormía con regularidad y solo con el mayor esfuerzo se le podía convencer de cambiar el sillón por la cama. Ya podían la madre y la hermana insistir, con pequeñas recomendaciones, que él cada cuarto de hora

movía lentamente la cabeza, con los ojos cerrados, y no se levantaba. La madre le tiraba de la manga, le decía palabras cariñosas al oído, la hermana dejaba su tarea para ayudar a la madre, pero no servía de nada. El padre se limitaba a hundirse más en su sillón. Solo cuando las mujeres lo cogían por las axilas abría los ojos, miraba alternativamente a la madre y la hija y solía decir: «Esto es vivir. Este es el descanso de mi ancianidad». Y apoyándose en las dos mujeres se levantaba, penosamente, como si le supusiera el mayor esfuerzo, se dejaba llevar hasta la puerta por las mujeres, se despedía de ellas y proseguía su camino por sí mismo, mientras la madre tiraba sus agujas y la hermana su pluma para correr tras él y seguir ayudándole.

En aquella familia agotada por el trabajo, ¿quién iba a tener tiempo de ocuparse de Gregor más de lo imprescindible? La economía familiar se reducía cada vez más; la criada fue despedida; una enorme y huesuda sirvienta cuyo cabello blanco parecía revolotear en torno a su cabeza venía por las mañanas y por las tardes a hacer el trabajo más pesado, todo lo demás lo hacía la madre, además de coser mucho. Sucedió incluso que muchas alhajas²³ familiares que la madre y la hermana habían llevado felices en fiestas y reuniones fueron vendidas, como Gregor supo la tarde en que se habló del precio que habían conseguido por ellas. Pero de lo que más se quejaban siempre era de que no podían dejar esa casa, demasiado grande para sus actuales circunstancias, porque no había manera de trasladar a Gregor. Pero este sabía muy bien que no era la consideración hacia él lo que impedía el traslado, porque lo hubieran podido llevar fácilmente en una cesta adecuada con un par de agujeros para respirar; lo que impedía a su familia cambiar de casa era más bien la total desesperanza y la idea de que habían sufrido una desgracia como no la había sufrido ninguno de sus parientes o conocidos. Cumplían al máximo con lo que el mundo exige de la gente pobre: el padre llevaba el desayuno al último funcionario del banco, la madre se sacrificaba por la ropa de desconocidos, la hermana corría arriba y abajo detrás del mostrador atendiendo los deseos de los clientes; eso era para todo lo que daban las fuerzas de la familia.

Y a Gregor le volvía a doler la herida de la espalda cuando la madre y la hermana, después de llevar al padre a la cama, volvían, dejaban el trabajo y se sentaban muy juntas; entonces la madre, señalando el cuarto de Gregor, decía: «Cierra la puerta, Grete», y Gregor volvía a estar a oscuras, mientras en el cuarto de al lado las mujeres mezclaban sus lágrimas o incluso miraban la mesa, ya sin llorar.

Gregor pasaba las noches y los días casi sin dormir. A veces pensaba que la próxima vez que se abriera la puerta, volvería a tomar las riendas de los asuntos de la familia; a su pensamiento volvían después de mucho tiempo el jefe y el gerente, los dependientes y los aprendices, aquel ordenanza tan obtuso,²⁴ dos o tres amigos de otras tiendas, una camarera de un hotel de provincias, el querido y fugaz recuerdo de la cajera de una sombrerería, a la que había pretendido formalmente pero con demasiada timidez...

Todos ellos se le aparecían mezclados con desconocidos o personas ya olvidadas, pero en vez de ayudarlos a él y a su familia, eran inaccesibles, y se alegraba cuando desaparecían. Después ya no estaba de humor para preocuparse por su familia, le llenaba la ira por la poca atención que le prestaban y, aunque no podía imaginarse nada que le

despertara el apetito, hacía planes para llegar a la despensa y coger lo que le diera la gana, aunque no tuviera hambre.

Ya sin preocuparse de qué podía gustarle, su hermana metía apresuradamente con el pie cualquier comida en el cuarto de Gregor cuando se iba a la tienda por la mañana o después de comer, para volverla a sacar por la noche de un escobazo, sin importarle si se lo había comido todo o —como solía ocurrir— ni lo había probado. La limpieza del cuarto, que ahora siempre hacía por las noches, no podía ser más rápida. Rayas de suciedad se extendían a lo largo de las paredes, en todos lados había montones de polvo y basura. En los primeros tiempos, al llegar la hermana, Gregor se colocaba en el rincón más especialmente sucio, para hacerle en cierta manera un reproche. Pero hubiera podido quedarse allí durante semanas sin que la hermana cambiara; veía la suciedad igual que él, pero se había decidido a dejarla. Junto con esto había nacido en ella una susceptibilidad completamente nueva, pero que se había extendido a toda la familia, en el sentido de que la limpieza del cuarto de Gregor tenía que quedar reservada a ella. En una ocasión, la madre de Gregor había sometido la habitación a una limpieza a fondo, que solo pudo llevar a cabo empleando algunos cubos de agua —por otra parte, la humedad enfermaba a Gregor, que yacía en el sofá, amargado e inmóvil—, pero esto no quedó sin castigo, porque apenas la hermana notó por la noche el cambio acontecido en el cuarto de Gregor, corrió al comedor, en extremo ofendida, y a pesar de que su madre alzaba las manos pidiéndole perdón, rompió en una crisis de llanto que los padres contemplaron —naturalmente el padre se había despertado sobresaltado en su sillón— al principio asombrados y desvalidos, hasta que empezaron también a conmovirse; por la derecha, el padre reprochaba a la madre que no dejara a la hermana limpiar el cuarto de Gregor; por la izquierda, la hermana chillaba que nunca más podría volver a limpiarlo; mientras la madre intentaba arrastrar al padre —al que la excitación hacía perder los nervios— al dormitorio, la hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus puñitos y Gregor silbaba furioso, porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta y ahorrarle la escena y el ruido.

Pero aunque la hermana, que venía agotada de su trabajo, estuviera harta de cuidar de Gregor como antes, eso no quería decir que la madre tuviera que hacerlo en su lugar, ni tampoco que hubiera que abandonar a Gregor. Porque allí estaba la sirvienta. La vieja viuda, que a lo largo de su vida había podido superar las cosas más duras con ayuda de su fuerte constitución ósea, no sentía verdadera repugnancia por Gregor. Sin curiosidad ninguna, por casualidad, había abierto en una ocasión la puerta de la habitación de Gregor y al verlo —él, completamente sorprendido, se había puesto a correr arriba y abajo a pesar de que nadie le perseguía— se había quedado parada, con las manos cruzadas en el regazo.

Desde entonces nunca dejaba de abrir fugazmente la puerta, por las mañanas y por las tardes, y de mirar a Gregor. Al principio incluso lo llamaba con palabras que ella debía considerar amables, como: «Ven aquí, viejo escarabajo» o «¡Mira el viejo escarabajo!». Gregor no contestaba nada a tales apelaciones, sino que se quedaba inmóvil en su sitio, como si la puerta no se hubiera abierto. ¡Si a la sirvienta le hubieran ordenado que

limpiara su cuarto todos los días, en vez de molestarle cuando a ella se le ocurría!

Una vez, por la mañana temprano —una fuerte lluvia, quizá una señal de la primavera que se avecinaba, golpeaba los cristales—, Gregor se enfadó de tal manera, cuando la sirvienta empezó otra vez con sus charlas, que se volvió como para atacarla, aunque lenta y cansadamente. Pero la sirvienta, en lugar de asustarse, se limitó a coger una silla que había cerca de la puerta, con la boca muy abierta y una clara intención de no cerrarla sin haber dado antes con la silla en las espaldas de Gregor.

—Así que ya está bien, ¿eh? —preguntó cuando Gregor se dio la vuelta, y volvió a dejar la silla en la esquina tranquilamente.

Gregor ya casi no comía nada. Solo cuando pasaba casualmente por delante de la comida, tomaba un bocado para entretenerse, lo mantenía horas en la boca y lo escupía después la mayor parte de las veces. Al principio pensó que lo que le impedía comer era la pena por el estado de su habitación, pero precisamente con los cambios en ella se reconciliaba pronto. En la casa se había cogido la costumbre de meter en su habitación las cosas que no se podían poner en otro sitio, y ahora había muchas de esas cosas, porque se había alquilado una habitación a tres caballeros. Estos serios caballeros —los tres tenían barba, como Gregor pudo constatar una vez por la rendija de la puerta— prestaban extremada atención al orden, no solo en su habitación, ya que vivían en ella, sino en toda la casa y especialmente en la cocina. No soportaban los trastos inútiles o sucios. Además habían traído consigo la mayor parte de sus propias cosas. Por este motivo, muchas cosas se habían vuelto superfluas; no eran vendibles, pero no se quería tirarlas. Todas ellas fueron a parar al cuarto de Gregor. Igual que el recogedor y el cubo de la basura de la cocina. Simplemente, la sirvienta se daba gran prisa en lanzar al cuarto de Gregor todo lo que de momento era inútil; felizmente, la mayoría de las veces Gregor solo veía el objeto en cuestión y la mano que lo sostenía. Quizá la sirvienta tenía la intención de volver a sacar las cosas cuando tuviera tiempo y ocasión o de tirarlas todas de un golpe, pero de hecho se quedaban allí donde caían, si es que Gregor no se dirigía al trasto y lo ponía en movimiento, cosa que al principio tenía que hacer por fuerza, porque ya no le quedaba sitio para moverse, pero que después hizo con creciente placer, aunque después de tales esfuerzos, mortalmente cansado y triste, se quedara sin moverse durante horas.

Como a veces los huéspedes cenaban en casa en el comedor común, algunas tardes la puerta permanecía cerrada, pero Gregor renunció fácilmente a tenerla abierta, ya que los días que lo había estado no la había utilizado, sino que, sin que la familia lo notara, se tumbaba en el rincón más oscuro de la habitación. Sin embargo, en una ocasión, la sirvienta había dejado la puerta un poco abierta, y así seguía cuando los huéspedes entraron por la tarde y se encendió la luz. Se sentaron a la mesa, donde antaño se sentaban el padre, la madre y Gregor, desplegaron las servilletas y empuñaron cuchillo y tenedor. Enseguida apareció en la puerta la madre, con una fuente de carne y, tras ella, la hermana con otra de patatas. La comida humeaba. Los huéspedes se inclinaron sobre las fuentes puestas ante ellos como si quisieran probar la comida antes de empezar y, de hecho, el que se sentaba en el centro y parecía tener autoridad sobre los otros dos cortó

un trozo de carne todavía en la fuente, sin duda para comprobar si estaba lo bastante tierna o debía ser devuelta a la cocina. Le satisfizo y la madre y la hermana, que habían estado mirando suspensas, volvieron a respirar y a sonreír.

La familia comía en la cocina. A pesar de ello, antes de ir allí, el padre entraba en el comedor y daba una vuelta en torno a la mesa, haciendo una única reverencia con la gorra en la mano. Los caballeros se levantaban todos a la vez y murmuraban algo para sus barbas. Cuando quedaban solos, comían casi en absoluto silencio. A Gregor le resultaba extraño que de los variados sonidos de la comida se oyera una y otra vez el de sus dientes masticando, como si tuvieran que demostrar a Gregor que se necesitan dientes para comer, que nada se puede hacer con unas buenas mandíbulas si no se tienen dientes. «Tengo apetito», se decía Gregor preocupado, «pero no de esas cosas. ¡Cómo comen esos huéspedes, y yo muriéndome!».

Precisamente aquella tarde se oyó el violín en la cocina; Gregor no se acordaba de haberlo oído en todo aquel tiempo. Los huéspedes ya habían terminado su cena y el de en medio, tras sacar un periódico, había dado una hoja a cada uno de los otros y ahora estaban recostados y fumaban. Cuando el violín empezó a sonar llamó su atención, se levantaron y fueron de puntillas hasta la puerta que daba al vestíbulo, en la que se quedaron, apretados unos contra otros. Debió de oírseles desde la cocina, porque el padre gritó:

—¿Les molesta quizá a los señores la música? Puede cesar al momento.

—Al contrario —dijo el de en medio—. ¿No querría la señorita venir con nosotros y tocar en el salón, donde estaría mucho más cómoda?

—¡Oh, no faltaba más! —gritó el padre, como si fuera él el violinista.

Los caballeros volvieron al comedor y esperaron. Pronto vinieron el padre con el atril, la madre con las partituras y la hermana con el violín. La hermana lo preparó todo tranquilamente para tocar; los padres, que nunca habían alquilado antes una habitación y exageraban por ello la cortesía con respecto a los huéspedes, no osaron sentarse en sus propios sillones; el padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha metida entre dos botones de su chaqueta de librea; uno de los caballeros ofreció en cambio un sillón a la madre y esta se sentó apartada en un rincón, por dejar el sillón donde el caballero lo había puesto por azar.

La hermana empezó a tocar; padre y madre seguían atentamente, cada uno desde su lado, los movimientos de su mano. Gregor, atraído por la música, se había arriesgado a asomarse un poco y tenía ya la cabeza en el comedor. Apenas le sorprendió que en los últimos tiempos tuviera tan poca consideración para con los demás; antes esa consideración había sido su orgullo. Y además, precisamente ahora tenía más motivos para ocultarse, porque a consecuencia del polvo que había en su cuarto por todas partes y que se levantaba al menor movimiento, estaba él también cubierto de polvo; su espalda y sus costados arrastraban hilos, pelos, restos de comida; su indiferencia frente a todo era tan grande que, como muchas veces durante el día, se había tumbado de espaldas y se había restregado contra la alfombra. Y a pesar de ese estado no se avergonzaba de avanzar un trecho por el inmaculado suelo del comedor.

Por lo demás, nadie le prestaba atención. La familia estaba totalmente absorbida por la música; los huéspedes en cambio, que al principio se habían colocado con las manos en los bolsillos muy cerca, detrás del atril, para poder ver las notas, cosa que sin duda tenía que molestar a la hermana, pronto se habían retirado hacia la ventana conversando a media voz, con la cabeza baja, lo que hacían aún, atentamente observados por el padre. Daba claramente la impresión de que hubieran sido decepcionados en su idea de escuchar una pieza hermosa o entretenida, de que estuvieran hartos de la audición y se dejaran perturbar en su tranquilidad solo por cortesía. Especialmente la forma en que expulsaban hacia lo alto por la boca y la nariz el humo de sus cigarrillos delataba su gran nerviosismo.

Y sin embargo, su hermana tocaba tan bien. Su cabeza estaba echada a un lado, su mirada, triste y atenta, seguía las notas. Gregor se arrastró un poco más hacia afuera y pegó el rostro al suelo para que su mirada pudiera encontrarse con la de su hermana. ¿Era una fiera? ¿Qué le atraía tanto de la música? Era como si se le mostrara el camino hacia un alimento ansiado y desconocido. Estaba decidido a ir hasta la hermana, tirar de su falda e indicarle con ello que podía ir a su cuarto con su violín, porque nadie allí apreciaba su música como él sabía apreciarla. No quería que saliera de su cuarto por lo menos mientras él viviera; su aspecto horroroso le sería útil por primera vez; estaría al mismo tiempo en todas las puertas de su habitación y se lanzaría sobre los agresores; pero su hermana no debía quedarse con él a la fuerza, sino voluntariamente; tenía que sentarse con él en el sofá, inclinar el oído hacia él, y él le confiaría entonces que tenía la firme intención de enviarla al conservatorio, que si no hubiera sido por su desgracia la pasada Navidad —entonces, ¿ya había pasado Navidad?— se lo habría dicho a todos, sin preocuparse por las objeciones. Tras esta explicación su hermana rompería a llorar, emocionada, y Gregor se alzaría hasta su hombro y besaría su cuello, que desde que iba a la tienda llevaba descubierto, sin cinta ni cuello postizo.

—¡Señor Samsa! —gritó el huésped de en medio al padre y señaló con el índice, sin decir una palabra más, a Gregor, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció, el huésped de en medio sonrió a sus amigos moviendo la cabeza y volvió a mirar a Gregor. El padre pareció considerar necesario, en lugar de ahuyentar a Gregor, tranquilizar primero a los huéspedes, a pesar de que ellos no estaban nerviosos y Gregor parecía divertirlos más que la música. Corrió hacia ellos e intentó empujarlos hacia su cuarto, con los brazos abiertos y tratando al mismo tiempo de ocultarles con su cuerpo la vista de Gregor.

De hecho, se enfadaron un poco, no se sabía bien si por el comportamiento del padre o por enterarse en aquel momento de que habían tenido sin saberlo un vecino de habitación como Gregor. Pidieron explicaciones al padre, levantaban los brazos, se tiraban nerviosos de sus barbas y no retrocedieron sino lentamente hacia su habitación.

Entretanto, la hermana había superado la ausencia en que había caído tras la brusca interrupción de la música y, tras estar un tiempo sosteniendo el arco y el violín, con los brazos caídos y mirando las notas como si continuara tocando, se levantó de golpe —había dejado el instrumento en el regazo de su madre, que seguía sentada en un sillón,

presa del ahogo y respirando trabajosamente—, y corrió al cuarto de al lado, al que los huéspedes ya se aproximaban empujados por el padre. Se vio cómo las mantas y las almohadas volaban por los aires y se ordenaban bajo las manos expertas de la hermana. Antes de que los caballeros hubieran llegado a la habitación, había terminado con las camas y se escurría fuera.

El padre pareció volver a ser presa de su testarudez, porque olvidó todo el respeto que debía a sus inquilinos. Se limitó a empujar y empujar, hasta que ya en la puerta de la habitación el caballero de en medio dio una fuerte patada en el suelo y detuvo con ello al padre.

—Les comunico —dijo, levantó la mano y buscó con la vista a la madre y la hermana— que en consideración a las repugnantes circunstancias que se dan en esta casa y en esta familia —al llegar aquí escupió en el suelo con decisión— abandono al instante mi habitación. Naturalmente, no pagaré lo más mínimo por los días que he vivido aquí; antes al contrario, tendré que pensar si presentar alguna reclamación contra ustedes, lo que, créame, sería muy fácil de justificar.

Calló y se quedó mirando al frente, como si esperase algo. En efecto, sus dos amigos intervinieron enseguida diciendo:

—Nosotros también nos vamos al instante.

Entonces agarró el picaporte y cerró de un portazo. El padre anduvo vacilante hasta su sillón, tanteando con las manos, y se dejó caer en él; parecía que se estuviera estirando para su siesta habitual, pero la profunda inclinación de su cabeza, que parecía no poder sostenerse, indicaba que no dormía en absoluto. Gregor se había quedado todo el tiempo quieto en el sitio en que los huéspedes lo habían sorprendido. La frustración por el fracaso de su plan, pero quizá también la debilidad causada por el hambre, le imposibilitaban moverse. Temía la tormenta general que con toda certeza iba a desencadenarse contra él de un momento a otro y esperaba. No se asustó cuando el violín se deslizó entre los dedos temblorosos de la madre y cayó con estrépito de su regazo.

—Queridos padres —dijo su hermana, golpeando en la mesa con la mano para llamar su atención—, no podemos seguir así. Si vosotros no os dais cuenta, yo sí me la doy. No quiero pronunciar el nombre de mi hermano delante de ese monstruo, solamente os digo: tenemos que intentar librarnos de él. Hemos intentado todo lo humanamente posible, cuidarlo y tener paciencia, yo creo que nadie nos puede hacer el menor reproche.

—Tiene toda la razón —dijo el padre para sí. La madre, que seguía sin poder tomar aliento, empezó a toser sordamente, con la mano delante de la boca y una expresión extraviada en los ojos.

La hermana corrió hacia la madre y le sostuvo la frente. Sus palabras parecían haber provocado en el padre pensamientos más concretos; se había sentado erguido, jugaba con su gorra de botones entre los platos de la cena de los huéspedes, que aún seguían sobre la mesa, y a ratos miraba al inmóvil Gregor.

—Tenemos que intentar librarnos de él —dijo la hermana, ahora solamente al padre, porque la madre no oía nada en su toser—, os va a matar a los dos, lo veo. Cuando se

tiene que trabajar tanto como nosotros no se puede soportar esa eterna tortura en casa. Yo tampoco puedo más.

Y empezó a llorar de tal manera que sus lágrimas corrían sobre el rostro de la madre, que se las limpiaba con movimientos mecánicos de la mano.

—Pero, hija —dijo el padre compasivo, con sorprendente comprensión—, ¿qué podemos hacer?

La hermana se encogió de hombros en señal del desconcierto que había hecho presa en ella mientras lloraba, en contraste con su anterior seguridad.

—Si él nos comprendiera... —dijo el padre, en tono a medias interrogativo; sin cesar de llorar, la hermana sacudió la mano, en señal de que no había ni que pensar en ello.

—Si él nos comprendiera —repitió el padre y, cerrando los ojos, asumió la convicción de la hermana de que tal cosa era imposible; quizá fuera posible llegar a un acuerdo con él, pero así...

—Tiene que irse —gritó la hermana—. Es el único medio, padre. Tienes que intentar quitarte la idea de que es Gregor. Nuestra desgracia es que lo hayamos creído tanto tiempo. ¿Cómo va a ser eso Gregor? Si fuera Gregor, hace tiempo que se hubiera dado cuenta de que no es posible la convivencia de seres humanos con un animal así y se habría ido voluntariamente. No tendríamos a mi hermano, pero podríamos seguir viviendo y honrar su memoria. Pero así, este animal nos persigue, espanta a los huéspedes, sin duda quiere quedarse con toda la casa y hacernos pasar la noche en el callejón. ¡Fíjate, padre —gritó de repente—, ya empieza otra vez! —y en un ataque de pánico completamente incomprensible para Gregor, la hermana dejó incluso a su madre, se apartó de su sillón, como si prefiriera sacrificar a la madre antes que permanecer cerca de Gregor, y corrió tras el padre que, excitado meramente por su actitud, se puso también en pie y levantó a medias los brazos como para proteger a la hermana.

Pero Gregor no pretendía en absoluto asustar a nadie, y menos a su hermana. Simplemente había empezado a darse la vuelta para regresar a su cuarto, y esto era sin duda lo que había llamado la atención, porque a consecuencia de su lamentable estado tenía que ayudarse con la cabeza para girar, levantándola y dando contra el suelo en muchas ocasiones. Se detuvo y miró en torno a él. Su buena intención pareció ser reconocida; solo había sido un susto momentáneo. Entonces todos lo miraron, callados y tristes. La madre seguía tumbada en el sillón, con las piernas estiradas y juntas, los ojos casi cerrados de agotamiento; el padre y la hermana se habían sentado juntos y la hermana rodeaba con un brazo el cuello de su padre.

«Quizá ahora pueda darme la vuelta», pensó Gregor y empezó sus trabajos de nuevo. No podía evitar jadear por el esfuerzo y, de vez en cuando, tenía que pararse a descansar. Por otra parte, nadie lo empujaba, todo quedaba en sus manos. Cuando terminó el giro, empezó enseguida a marchar en línea recta. Se asombró de la gran distancia que lo separaba de su habitación, y no comprendió cómo, con sus débiles fuerzas, había recorrido hacia poco el mismo camino casi sin darse cuenta. Atento tan solo a arrastrarse con rapidez, apenas prestó atención a que ni una palabra ni un grito de su familia lo molestaba. Solo cuando ya estaba en la puerta volvió la cabeza, no del todo,

porque sentía que el cuello se le ponía rígido; aun así, vio que tras él nada había cambiado, solo la hermana se había puesto en pie. Su última mirada rozó a su madre, totalmente dormida ahora.

Apenas estuvo dentro de su cuarto, la puerta se cerró rápidamente, con pestillo y con llave. El repentino ruido a sus espaldas asustó a Gregor de tal manera que sus patitas se doblaron. Era la hermana la que se había apresurado tanto. Ya estaba de pie, esperando, y al momento saltó con ligereza. Gregor no la había oído venir, y ella gritó un «¡por fin!» a los padres mientras giraba la llave en la cerradura.

«¿Y ahora?», se preguntó Gregor, y miró en torno a sí mismo en la oscuridad. No tardó en descubrir que ya no podía moverse lo más mínimo. No le sorprendió, más bien le parecía antinatural el haberse podido desplazar hasta entonces con aquellas delgadas patitas. Por lo demás, se sentía relativamente a gusto. Desde luego, le dolía todo el cuerpo, pero era como si los dolores fueran disminuyendo poco a poco y estuvieran a punto de desaparecer. Apenas sentía ya en su espalda la manzana podrida y su entorno inflamado, totalmente cubiertos por un polvo suave. Volvía a pensar en su familia con emoción y cariño. Su propia convicción de que tenía que desaparecer era posiblemente aún más decidida que la de su hermana. Permaneció en aquel estado de vacía y apacible meditación hasta que el reloj de la torre dio las tres de la mañana. Todavía vivió el despuntar del alba tras los cristales. Entonces su cabeza se inclinó, sin él quererlo, y de su hocico salió débilmente su último aliento.

Cuando la sirvienta llegó por la mañana temprano —cerraba las puertas con tal escándalo, por mucho que se le había pedido que no lo hiciera, que desde su llegada era imposible seguir durmiendo en ningún lugar de la casa—, al principio no advirtió nada extraño en su breve visita habitual a Gregor. Pensó que estaba tan inmóvil a propósito y se hacía el ofendido, pues lo consideraba completamente inteligente.

Cuando poco después tuvo la escoba en la mano, intentó hacerle cosquillas desde la puerta. Como tampoco obtuvo ningún éxito, se enfadó y lo golpeó un poco, y solo cuando llegó a desplazarlo de su sitio sin hallar resistencia alguna, empezó a prestar más atención. Pronto se dio cuenta de lo que realmente ocurría, abrió mucho los ojos, silbó bajito, pero no se contuvo mucho tiempo, sino que abrió de golpe la puerta del dormitorio y gritó a toda voz en la oscuridad:

—¡Miren, ha reventado! ¡Ahí está, reventado del todo!

El matrimonio Samsa se había sentado en la cama y tenía bastante trabajo con superar el susto que le había dado la sirvienta, antes de estar en condiciones de comprender lo que quería decir. Al hacerlo, el señor y la señora Samsa salieron corriendo de la cama, cada uno por su lado; el señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros y la señora Samsa salió en camisa; de esta forma entraron en el cuarto de Gregor. Entretanto se había abierto también la puerta del comedor, donde Grete dormía desde la llegada de los huéspedes; estaba completamente vestida, como si no hubiera dormido, cosa que la palidez de su rostro parecía atestiguar.

—¿Muerto? —dijo la señora Samsa, mirando interrogativamente a la sirvienta, aunque ella misma podía comprobarlo, e incluso verlo sin comprobarlo.

—Eso quiero decir —contestó la sirvienta y, como prueba, empujó con la escoba un gran trecho el cadáver de Gregor. La señora Samsa hizo un movimiento, como si fuera a sujetar la escoba, pero no lo hizo.

—Bien —dijo el señor Samsa—, podemos dar gracias a Dios.

Se santiguó, y las tres mujeres siguieron su ejemplo. Grete, que no quitaba ojo al cadáver, dijo:

—Mirad qué delgado estaba. Llevaba mucho tiempo sin comer. Dejaba las comidas sin tocar.

En efecto, el cadáver de Gregor estaba completamente plano y seco, ahora se notaba por primera vez que no se alzaba sobre sus patitas y que ninguna otra cosa distraía la mirada.

—Ven, Grete, ven un rato con nosotros —dijo la señora Samsa con una dolorosa sonrisa, y Grete fue tras sus padres hacia el dormitorio, sin dejar de mirar el cadáver. La sirvienta cerró la puerta y abrió completamente la ventana. A pesar de lo temprano de la hora, había ya cierta tibieza en el aire fresco. Estaban ya a finales de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su cuarto y miraron en torno sorprendidos, buscando su desayuno; se habían olvidado de ellos.

—¿Dónde está el desayuno? —preguntó el de en medio a la sirvienta, malhumorado. Pero ella se llevó el índice a los labios e hizo a los huéspedes una seña muda y apresurada para que entraran en el cuarto de Gregor. Entraron y se quedaron en torno al cadáver, con las manos en los bolsillos de sus algo raídas levitas,²⁵ en la habitación ya del todo iluminada.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y el señor Samsa apareció vestido con su librea, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. Todos habían llorado un poco; de vez en cuando, Grete apretaba el rostro contra el brazo del padre.

—¡Salgan inmediatamente de mi casa! —dijo el señor Samsa, señalando la puerta sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo el caballero de en medio, algo confuso y sonriendo empalagosamente. Los otros dos tenían las manos a la espalda y se las frotaban sin parar, como esperando alegremente una gran pelea en la que llevaran las de ganar.

—Lo que he dicho —respondió el señor Samsa, y avanzó hacia el huésped, en línea con sus dos acompañantes. Al principio el huésped se quedó quieto y miró al suelo, como si las cosas se reordenaran en su cabeza.

—Entonces nos vamos —dijo al fin, y miró al señor Samsa, como si un repentino sometimiento le obligara a pedirle permiso incluso para aquella decisión. El señor Samsa se limitó a asentir varias veces con los ojos muy abiertos.

Después, el caballero marchó a zancadas hacia el vestíbulo; sus dos amigos habían estado escuchando un rato, ya sin frotarse las manos, y ahora salían pisándole los talones, como temerosos de que el señor Samsa pudiera llegar al vestíbulo antes que ellos y cortarles el paso hacia su jefe. En el vestíbulo, los tres cogieron sus sombreros del perchero, sacaron sus bastones del paragüero, hicieron una muda reverencia y abandonaron la casa.

Con una desconfianza, como se demostró, totalmente injustificada, el señor Samsa salió al rellano con las dos mujeres; apoyados en la barandilla, vieron a los tres caballeros descender la larga escalera con lentitud, pero sin detenerse; en cada piso, los veían desaparecer en un determinado recodo y volver a aparecer al cabo de unos instantes; cuanto más abajo estaban, más se perdía el interés de la familia Samsa por ellos, y cuando un repartidor de carnicería se cruzó con ellos, llevando su carga en la cabeza con arrogante pose, el señor Samsa no tardó en abandonar la barandilla con las mujeres y todos volvieron a su casa, como aliviados.

Decidieron dedicar el día a descansar y a pasear; no solo se merecían esa interrupción en su trabajo, les era incluso imprescindible. Y así, se sentaron a la mesa y escribieron tres justificantes: el señor Samsa a su director, la señora Samsa al que le daba los encargos y Grete a su jefe. Mientras los escribían entró la sirvienta a decirles que se iba porque había terminado con el trabajo de la mañana. Al principio, los tres se limitaron a asentir sin levantar la vista, solo cuando se vio que la sirvienta seguía sin marcharse la alzaron irritados.

—¿Y bien? —preguntó el señor Samsa.

La sirvienta estaba sonriente en la puerta, como si tuviera que dar a la familia una gran alegría, pero solo fuera a hacerlo si se la interrogaba. La plumita de avestruz de su sombrero, casi vertical, que tanto irritaba al señor Samsa desde el primer día, se movía levemente en todas direcciones.

—Bueno, ¿qué quiere usted? —preguntó la señora Samsa, que era a quien tenía más respeto la sirvienta.

—Bueno —respondió la sirvienta, y una risa amistosa no la dejó seguir—, no se tienen que preocupar de cómo librarse del trasto de ahí al lado. Ya está todo en orden.

La señora Samsa y Grete volvieron a inclinarse sobre sus cartas, como si quisieran seguir escribiendo; el señor Samsa, que se dio cuenta de que la sirvienta iba a empezar a contarle todo con detalle, la detuvo extendiendo la mano con decisión. La sirvienta, ya que no le dejaban hablar, se acordó de la prisa que tenía, gritó ofendida: «Adiós a todos», dio media vuelta con irritación y se fue de la casa dando un terrible portazo.

—Esta tarde la despido —dijo el señor Samsa, pero no obtuvo respuesta ni de su mujer ni de su hija, a las que la sirvienta parecía haber perturbado en su recién ganada tranquilidad. Se levantaron, fueron a la ventana y se quedaron allí, abrazadas y sosteniéndose la una a la otra. El señor Samsa se volvió hacia ellas en su asiento y las miró en silencio unos instantes. Entonces las llamó:

—Venid aquí. Olvidaos de lo pasado. Y tened también un poco de consideración hacia mí.

Las mujeres le obedecieron al instante, corrieron hacia él, le hicieron carantoñas y terminaron rápidamente sus cartas.

Después los tres dejaron la casa, cosa que no habían hecho en seis meses, y fueron en el tranvía a las afueras de la ciudad. El vagón en el que viajaban solos estaba inundado por un cálido sol. Cómodamente reclinados en sus asientos, hablaron de sus expectativas para el futuro, y resultó que bien mirado no eran nada malas, porque los tres tenían un

empleo —de lo que todavía no habían hablado entre ellos— bastante bueno y, además, muy prometedor para más adelante. Naturalmente, lo que antes mejoraría su situación sería cambiar de casa; necesitaban una más barata y más pequeña, pero mejor situada y más práctica que la que tenían, que había buscado Gregor.

Mientras hablaban, el señor y la señora Samsa se daban cuenta, a la vista de su hija cada vez más llena de vida, de que a pesar de todos los sufrimientos, que habían hecho palidecer sus mejillas, esta se había convertido en una hermosa y lozana muchacha. Callaron; entendiéndose mediante miradas, de forma casi inconsciente, pensaron que ya iba siendo hora de buscar un buen hombre para ella.

Y al llegar al final de su viaje, fue como una constatación de sus nuevos sueños y buenas intenciones el hecho de que su hija se levantase la primera y estirase su juvenil cuerpo.

[23](#). Alhaja: Joya.

[24](#). Obtuso: Incapaz de entender las cosas más sencillas.

[25](#). Levita: Prenda de vestir de hombre, similar a una chaqueta de largos faldones.

Propuesta de actividades

1. Resume el **argumento** a partir de estas cuestiones:
 - ¿Cuál es la situación con la que empieza la novela?
 - ¿Cómo lo ven su jefe y su familia?
 - ¿Qué papel desempeña su hermana Grete?
 - ¿Qué preocupa a su familia?
 - ¿Qué ocurre con los huéspedes?
 - ¿Cómo acaba la novela?
2. Estudia los elementos de **animalización** de Gregor: ¿Qué hechos hacen que Gregor vaya comportándose como un animal?
3. ¿Cómo es la habitación de Gregor?, ¿cómo se va transformando?
4. ¿Qué significa la retirada de **muebles** para Gregor? ¿Por qué se aferra al **cuadro**?
5. Gregor intenta **salir de la habitación** en dos ocasiones. Comenta cómo lo hace y qué ocurre.
6. Infórmate e intenta relacionar la vida de **Franz Kafka**, su época, sus vivencias, su pasado religioso, con la del protagonista de la novela: **Gregor Samsa**.
7. ¿Por qué se siente culpable Gregor Samsa?
8. Describe al **personaje principal**: cómo es como humano, cómo se siente como insecto, cuáles son sus dudas, sus desvelos..., por qué actúa de determinada manera en su vida como humano y en su vida como insecto.
9. Describe a la **familia**: cómo es el padre, la madre y la hermana.
10. Señala las diferentes actitudes del **ama de llaves** y de la **asistenta**.
11. Relaciona la novela con el existencialismo, como corriente literaria y vital de principios del siglo XX.

Ngo Van y Hélène Fleury

*La cueva maravillosa
y otros cuentos populares
de Vietnam*



OCTAEDRO

La cueva maravillosa

Van, Ngo

9788499216430

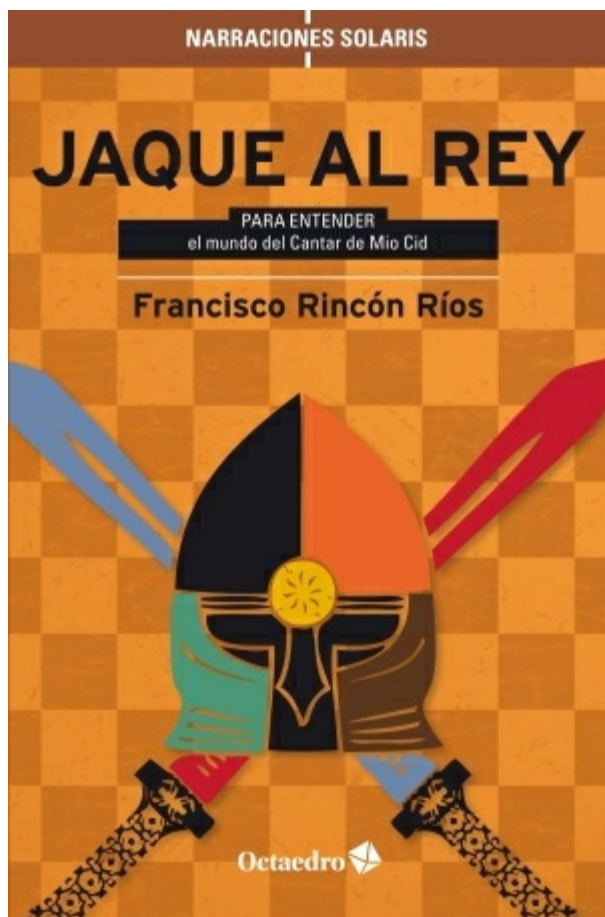
70 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En esta colección de relatos de la tradición oral popular vietnamita se describran, sin embargo, los logros y los dramas, las esperanzas y los sueños de todos los seres humanos. Son historias de antaño y de siempre. Y desde Vietnam han llegado para explicarnos que muchas de nuestras tradiciones (como nuestros sueños) son también universales.

El lector encontrará aquí veinte cuentos de gran belleza, algunos de ellos a caballo entre la leyenda y la historia, como Las hermanas Trung , Vida y muerte del rey Lía , El rebelde y el mandarín o La princesa y el pescador.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jaque al rey

Rincón Rios, Francisco

9788499214672

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Don Armillo fue un juglar que vivió en Burgos en 1221. Y, según Menéndez Pidal, es probable que interpretara el Poema de Fernán González y el Cantar de Mio Cid. Pero el único conocimiento que tenemos sobre la interpretación de estos poemas es esa leve sospecha del gran investigador. Ignoramos los destinatarios, la forma, los acompañamientos y, sobre todo, las motivaciones, que en el caso del poema de Mio Cid debieron de ser más que económicas. Quien lo interpretase, en vez de ganarse la vida, se la estaba jugando, pues la segunda mitad del cantar se dedica a insultar a una de las casas más poderosas de Castilla, la de Carrión.

El encargo de recitar el poema durante la fiesta de colocación de la primera piedra de la catedral de Burgos, el 20 de julio de 1221, termina con la vida tranquila de Don Armillo y desata una serie de fuerzas y tensiones destructivas, latentes en los reinos peninsulares del siglo XIII.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Trascender Bolonia a través de la innovación: más allá de un reto burocrático

Domínguez Fernández, Guillermo

9788499218656

220 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta publicación es el resultado del trabajo de toda la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pablo de Olavide, UPO (profesorado, alumnado, PAS y tutores externos), que, con los diferentes equipos decanales que han ocupado el cargo de innovación y responsabilidad de estos proyectos (desde el 2009 al 2015), han gestionado y dinamizado las tres fases del proyecto que aquí se presenta. Todos han intentado hacer del proceso necesario para los nuevos planes de estudios de grado algo más que una respuesta burocrática a la demandas de Bolonia y su concreción por las diferentes administraciones educativas. El periodo mencionado de acciones desarrolladas se estructura en tres fases: a) creación de espacios para el intercambio de experiencias y buenas prácticas del profesorado, y elaboración del Verifica y de las guías docentes (2009-2011); b) desarrollo de los planes de estudios y constitución y desarrollo de las comunidades pedagógicas de aprendizaje y la elaboración de los Modifica (2011-2013); c) validación de los planes de estudios a través de las competencias adquiridas y transferidas por el alumnado en las prácticas como base de los autoinformes de las acreditaciones de las diferentes titulaciones (2014-2015).

[Cómpralo y empieza a leer](#)

con vivencias

El filósofo desnudo

Alexandre Jollien



Octaedro 

El filósofo desnudo

Jollien, Alexandre

9788499214917

184 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo vivir más libremente la alegría cuando nos tienen presos las pasiones? ¿Cómo atreverse a distanciarse un poco sin apagar un corazón? A partir de la experiencia vivida en carne propia, Alexandre Jollien intenta, en este libro, diseñar un arte de vivir que asume lo que resiste a la voluntad y a la razón.

El filósofo se pone al desnudo para auscultar la alegría, la insatisfacción, los celos, la fascinación, el amor o la tristeza, en resumen, lo que es más fuerte que nosotros, lo que se nos resiste... Citando a Séneca, Montaigne, Spinoza o Nietzsche, Jollien explora la dificultad de practicar la filosofía en el corazón de la afectividad. Lejos de dar soluciones o certidumbres, Jollien, junto a Hui Neng, patriarca del budismo chino, descubre la frágil audacia de desnudarse, de desvestirse de uno mismo. Tanto en la adversidad como en la alegría, nos invita a renacer a cada instante lejos de las penas y de las esperanzas ilusorias.

Esta meditación inaugura un camino para extraer la alegría del fondo del fondo, de lo más íntimo de nuestro ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

convivencias

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Claves para un óptimo aprendizaje y comportamiento



Mercedes Aguirre Lipperheide



Electronics

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Aguirre Lipperheide, Mercedes

9788499217529

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La doctora en Biología Mercedes Aguirre Lipperheide (Getxo, 1966) tiene ya publicados dos extensos libros relacionados con la alimentación, la suplementación y la salud: Guía práctica de la salud en la infancia y la adolescencia (Octaedro, 2007) y Salud adulta y bienestar a partir de los 40 (Octaedro, 2011). En este tercer libro, saca a relucir la importancia que la alimentación (y puntualmente la suplementación) puede llegar a tener de cara a apoyar el desarrollo cognitivo y emocional de niños y adolescentes, un aspecto que gana más relevancia, si cabe, en aquellos jóvenes que tienen un problema declarado en dichos ámbitos. La escalada de niños etiquetados con algún problema de aprendizaje y/o comportamiento (TDA/TDAH, problemas de concentración, dislexia, etc.) resulta en ocasiones llamativa y necesariamente requiere un análisis más profundo sobre sus posibles orígenes.

En esto se centra precisamente este libro. Por un lado, se intenta explicar al lector, de una manera didáctica y cercana, las bases que sustentan una adecuada maduración cerebral, para luego poder entender qué puede ir mal en este proceso que explique posibles problemas de aprendizaje y/o comportamiento (primera parte). La segunda parte del libro, más extensa, se centra en analizar nuestra alimentación y el modo en que puede afectar, para bien o para mal, el desarrollo cognitivo y/o de comportamiento de niños y adolescentes.

Este enfoque es, sin duda, novedoso y a buen seguro va a ayudar a muchos padres a entender mejor cómo apoyar las necesidades de sus hijos, bien sea para reforzar un adecuado desarrollo cognitivo y emocional o, en caso de existir alguna alteración, para superarla con mayor éxito.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Portada	3
Créditos	4
Introducción: Frank Kafka	5
Biografía	5
Su obra narrativa	5
La metamorfosis	6
Prólogo	7
La metamorfosis	8
I	9
II	21
III	34
Propuesta de actividades	47